

ALFREDO JOIGNANT RONDÓN*

EL PRESENTE REFRACTADO. USOS DEL TIEMPO, REPRESENTACIONES DE LA
HISTORIA Y SIMBOLISMOS DE LA FUERZA (CHILE, 1970-1973)¹

RESUMEN

Entre 1970 y 1973, tuvieron lugar en Chile batallas políticas, sociales y culturales fascinantes, en las que interactuaron experiencias del tiempo y representaciones contradictorias de la historia: un “régimen de historicidad” que no acababa de consolidarse, sin lograr armonizar en algún sentido el pasado, el presente y el futuro. A partir de un análisis sistemático de archivos de prensa, este artículo pretende entender el lugar que ocupa el presente en este periodo tan particular y efervescente de la historia de Chile, analizando los usos del tiempo, las representaciones de la historia y los simbolismos de la fuerza a lo largo de este periodo.

Palabras clave: Chile, siglo XX, 1970-1973, elección presidencial, Unidad Popular, régimen de historicidad, representaciones de la historia, simbolismos de la fuerza, pasado-presente-futuro, naturaleza del presente

ABSTRACT

Between 1970 and 1973, fascinating political, social and cultural battles took place in Chile, in which contradictory experiences of time and representations of history interacted; a “historicity regime” emerged that had not yet been consolidated, and did not manage to harmonize the past, the present and the future in any way. Based on a systematic analysis of press archives, this article aims to understand the place that the present occupies in this very particular and effervescent period of Chilean history, analyzing the uses of time, the representations of history and the symbolism of force in this period.

Keywords: Chile, twentieth century, 1970-1973, presidential election, Popular Unity, historicity regime, representations of history, symbolism of force, Past-Present-Future, nature of the Present

Recibido: marzo de 2023

Aceptado: noviembre de 2023

* PhD en ciencia política por la Universidad de París 1 Panthéon-Sorbonne. Universidad Diego Portales-COES. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-5811-0988> Correo electrónico: alfredo.joignant@mail.udp.cl

¹ Este artículo se inscribe en el proyecto ANID-Fondap n.º 1523A0005 y en un módulo del seminario “Sociohistoria de la Unidad Popular” que el año 2019 dicté como profesor visitante en la Universidad de Leiden, Holanda.

“Y ya que estamos en esto: cuando el asunto del futuro esplendor se une al presente-inexistente y esta mezcla funesta se contrasta, por ejemplo, con el pasado, que por muy pasado que sea no por eso deja de pesar, entonces uno solo puede recurrir a la vieja fórmula del corte de pelo radical”²

En muchos aspectos, el Chile de comienzos de los años setenta era un país muy distinto del que era celebrado por quienes veían en su historia el relato de una excepción: la de una nación estable y democrática. Es cierto que la erosión de esta ejemplaridad ya se encontraba presente durante el gobierno de Eduardo Frei Montalva (1964-1970) y su “revolución en libertad”, periodo en el cual se transitó desde un Chile hecho de rutinas democráticas, hacia otro caracterizado por el reclamo de cambio social a partir de retóricas cada vez más revolucionarias. Es bajo este gobierno que es posible discernir una definición original de la revolución, bajo la forma de transformaciones tan profundas como la reforma agraria o la “chilenización” del cobre. Ante esta (re)definición de lo que cabe entender por revolución, la izquierda respondió con una crítica a reformas superficiales y a una política blanda sobre la propiedad total del cobre³. No es una casualidad si la crítica de la izquierda hizo mella en el partido de la flecha roja, lo que se tradujo en el nacimiento de un nuevo partido de origen cristiano, el MAPU (Movimiento de Acción Popular Unitaria), originado en una primera escisión del Partido Demócrata Cristiano (PDC) en 1969, dando lugar a una verdadera competencia entre esta agrupación política y la coalición de izquierdas que, en 1970, pasará a llamarse Unidad Popular (UP)⁴. Qué duda cabe: a partir de la segunda mitad de la década del sesenta tuvo lugar una lucha por la reapropiación del vocabulario político originado en la izquierda –socialista y comunista– por parte del PDC, cuya retórica y plataforma programática, sumada al terror a que la izquierda llegara al poder, le permitió aplastar a la derecha en las elecciones legislativas de 1965⁵. En estas batallas por el vocabulario de la izquierda también participó el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), el que fue fundado en 1967 bajo la influencia de la Revolución cubana, desafiando de manera abierta al Partido Socialista (PS) y al Partido Comunista (PC). Cabría, por último, agregar a este cuadro de transformaciones la gran perturbación que afectó el funcionamiento democrático por parte de una fracción del Ejército, la que se sublevó por razones salariales y profesionales hacia finales del

² Alberto Fuguet, *Mala onda*, Santiago, Alfaguara, 2000, p. 320.

³ Oscar Oszlak, *La trama oculta del poder. Reforma agraria y comportamiento político de los terratenientes chilenos, 1958-1973*, Santiago, LOM Ediciones, 2016.

⁴ Esta competencia se prolongará a lo largo de la campaña presidencial de 1970, en el sentido en que el candidato demócratacristiano Radomiro Tomic rivalizará en retórica revolucionaria con el candidato socialista de la UP Salvador Allende, lo que terminará en una segunda escisión del PDC en 1971, con la formación del partido Izquierda Cristiana.

⁵ En estas elecciones, el PDC obtuvo el 42,3 % de los votos, alcanzando la mayoría absoluta de los escaños en la Cámara de Diputados, un fenómeno nunca antes visto en Chile.

gobierno de Eduardo Frei Montalva –episodio conocido como el *Tacnazo*–, lo que socavó la imagen de ejemplaridad y estabilidad política de Chile⁶.

Es imposible no relevar la importancia de las transformaciones políticas que tuvieron lugar durante la segunda mitad de la década del sesenta, desde escisiones “por la izquierda” sufridas por el PDC hasta intentos de reapropiación del abecedario de la izquierda chilena por nuevas fuerzas, cristianas y guevaristas, sin olvidar la propia refundación que experimentó la derecha (con la creación del Partido Nacional) una vez consumada su aplastante derrota en las elecciones parlamentarias de 1965⁷. Lo paradójico es que estos cambios no alteraron las rutinas democráticas ni incidieron en el normal desarrollo de las ceremonias cívicas, lo que se tradujo en la continuidad del *fair play* entre actores políticos antagónicos, a pesar de la creciente virulencia de las luchas políticas. Es como si las rutinas políticas, la continuidad cultural y las inercias institucionales transitaran por un carril desconectado de lo que era representado y simbolizado por el lenguaje de la radicalidad.

Esta extraña mezcla entre un orden político inercial y la conjunción de voluntades generales de ruptura se apreciará durante la campaña presidencial de 1970. Es en este proceso eleccionario que será posible observar la tensión entre rutinas y transformaciones o, si se quiere, entre el peso objetivado de las instituciones y lógicas de desobjetivación que se despliegan en nombre de razones utópicas, las que se encuentran guiadas por representaciones optimistas del futuro. Dicho de otro modo, es en esta imbricación entre el pasado y el futuro en donde el presente se refracta, al punto de disolverse y perder poder de significación.

Detengámonos un momento en la noción de “refracción” que utilizo para caracterizar el “presente” en aquella época. La refracción es un fenómeno físico en el que, por ejemplo, la luz cambia de dirección debido a alteraciones de la temperatura de las capas de aire, o cuando la propagación del sonido se altera por razones en las que las ondas modifican su dirección por haber transitado de un medio a otro. En este artículo entiendo por refracción del presente una experiencia inestable de su duración por actores políticos y personas comunes y corrientes, debido a la tensión entre lógicas conservadoras y transformadoras que se encuentran enfrentadas de manera política. Dicho de otro modo, la experiencia del presente se refracta en clave lenta o veloz, dependiendo de las correlaciones de fuerzas, conservadoras y revolucionarias, que se encuentran comprometidas en la lucha política.

⁶ Simon Collier y William F. Sater, *A History of Chile, 1808-2002*, Nueva York, Cambridge University Press, 2004, pp. 325-329.

⁷ Mario Herrera, Mauricio Morales y Gustavo Rayo, “Las bases sociales del Partido Demócrata Cristiano: auge y caída (1958-2017)”, en *European Review of Latin American and Caribbean Studies*, n.º 107, Ámsterdam, julio-diciembre de 2019, pp. 55-74; Germán Urzúa Valenzuela, *Historia política de Chile y su evolución electoral (desde 1810 a 1992)*, Santiago, Editorial Jurídica de Chile, 1992; Ricardo Cruz-Coke, *Historia electoral de Chile 1925-1973*, Santiago, Editorial Jurídica de Chile, 1984.

Tengo plena conciencia que este fenómeno de refracción del presente comenzó a originarse en el gobierno del presidente Eduardo Frei, y se radicalizó durante la Unidad Popular. Esto quiere decir, entonces, que el presente puede ser experimentado como tiempo lento cuando el peso del pasado estira –como un elástico– el presente (generando una forma de “presentismo”, en el lenguaje de François Hartog), o como una suerte de contracción del presente cuando las voluntades de transformación son de tal potencia que la experiencia del presente se torna breve: algo así como un tiempo de tránsito. Como bien lo señala William H. Sewell, “una característica significativa de los acontecimientos históricos es que estos siempre combinan procesos sociales con temporalidades muy diferentes”⁸: la elección de Salvador Allende es uno de esos acontecimientos, y los mil días de su gobierno condensan precisamente las tres temporalidades que son abordadas en este artículo. Pues bien, es esa refracción del presente la que pude observar mientras realizaba un extenso trabajo de archivos de prensa sobre los años 1970 y 1973, lo que me llevó a detenerme en los relatos en los que se describía la velocidad (o lentitud) de los acontecimientos, el carácter “irreversible” de los cambios o la “inercia” de la realidad.

Habiendo aclarado el alcance y sentido de la noción de refracción del presente, precisaré las coordenadas disciplinarias en las que se inscribe este artículo, es decir, se sitúa en el perímetro de la historia del tiempo presente, esto es un periodo cuya “contemporaneidad” todavía pertenece a nuestro tiempo, así como algunos de sus actores, intereses y causas, aun cuando las experiencias políticas de las décadas del sesenta y setenta resuenen de modo cada vez más abstracto a los ojos y oídos de los chilenos de hoy (en especial de sus generaciones más jóvenes). Tal como Henry Rousso sostuvo: “toda historia contemporánea comienza con ‘la última catástrofe hasta la fecha’, en todo caso la última que parece que es la que más habla, o que en todo caso es la más cercana cronológicamente”⁹. Pues bien, nuestra última catástrofe fue el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973, y lo que me propongo hacer es restituir, con el lenguaje y la subjetividad de entonces, reconstruidos con los relatos de prensa, el periodo previo al golpe, conectando la historia con la sociología y la ciencia política, componentes necesarios de una “fábrica interdisciplinaria” de explicación¹⁰.

Teniendo a la vista el periodo que precede a nuestra última catástrofe, este artículo es tributario de tres tradiciones de estudio que conviene distinguir. En primer lugar, la historia conceptual de lo político de Pierre Rosanvallon, en específico en un aspecto esencial: “las representaciones y las ideas constituyen una materia estructurante de la experiencia social”¹¹, que es precisamente lo que abordaré en este artículo. En segun-

⁸ William H. Sewell Jr, “Theory, History, and Social Science”, en William H. Sewell Jr, *Logics of History. Social Theory and Social Transformation*, Chicago y Londres, The University of Chicago Press, 2005, p. 9.

⁹ Henry Rousso, *La dernière catastrophe. L'histoire, le présent, le contemporain*, Paris, Gallimard, 2012, p. 19.

¹⁰ Michel Offerlé y Henry Rousso (dirs.), *La fabrique interdisciplinaire. Histoire et science politique*, Rennes, Presses universitaires de Rennes, 2008.

¹¹ Pierre Rosanvallon, *Por una historia conceptual de lo político. Lección inaugural en el Collège de France*,

do lugar, este artículo puede también ser leído como una forma de historia social de lo político, lo que coloca el énfasis en el poder de la sociedad para redefinir el campo político y sus límites, así como sus actores y las luchas relativamente especializadas que estos pueden emprender¹². En tercer lugar, se trata también de una historia política de lo social, en donde los actores políticos, a través de sus disputas, redefinen la sociedad y moldean a los grupos que la conforman¹³. Lo que interesa, al fin, son las representaciones de la historia y la experiencia del tiempo en actores en lucha y ciudadanos de a pie que estuvieron expuestos a lo que la prensa relataba, construía y difundía.

La prensa en Chile a partir de 1964, pero en especial desde 1970, no solo ocupaba un lugar central en la esfera pública: dada la naturaleza agonal de las luchas de la época, la esfera pública se polarizó, en la medida en que los medios de comunicación no solo tomaron partido, sino que se transformaron en órganos partidizados sin nunca renunciar –contrariando las apariencias– a la lógica profesional del periodismo. ¿Significa esto que los medios *forman* las disposiciones de los lectores, o simplemente “reflejan” la realidad a la manera de un espejo que la deforma (parafraseando la metáfora de Susanna Barrows¹⁴)? Por cierto que no es posible sostener en un modo determinista que la prensa en general y los medios escritos en particular originan las disposiciones de los lectores, lo que no quiere decir que no participen del proceso general de socialización política: al instalar lo que la literatura especializada entiende por *agenda setting* y el conjunto de temas y cosas en las que hay que pensar, la prensa cumple un rol de socialización, fijando los temas del debate político a partir de su línea editorial (en tal sentido, se puede sostener “la tesis de la ideologización del periodismo” y, al mismo tiempo, argumentar sobre “la reorganización de las rutinas y del quehacer periodístico, según una lógica profesional antes que política”¹⁵). De esto se sigue que tampoco es sostenible que la realidad se encuentre “reflejada” en los medios, salvo si entendemos por “reflejar” la realidad como el modo en que los medios toman partido, actuando sobre ella como si fuesen actores políticos.

En todos estos procesos hay codeterminaciones. Es en este sentido que la prensa y sus medios exacerbaron, a su manera, lo que se encontraba políticamente en juego en un periodo tan convulsionado como el de la Unidad Popular, lo que permite entender el papel que jugaron los medios sobre las emociones y, de modo más general, la subjetividad en aquel entonces. La subjetividad, en este periodo de profundas transformaciones sociales, fue el fruto no solo de condiciones materiales de existencia, sino también de las

Buenos Aires, FCE, 2003, p. 46.

¹² Un buen ejemplo es el libro de Alain Garrigou, *Histoire sociale du suffrage universel en France: 1848-2000*, París, Seuil, 2002.

¹³ Para un análisis de la sociohistoria francesa como historia social de lo político e historia política de lo social: Yves Déloye, *Sociologie historique du politique*, París, La Découverte, 1996.

¹⁴ Susanna Barrows, *Distorting Mirrors: Visions of the Crowd in Late Nineteenth-Century France*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1981.

¹⁵ Antoine Faure, “Salir de las trincheras. Periodismo y radicalización política durante los mil días”, en *Anales de la Universidad de Chile*, séptima serie, n.º 18, Santiago, 2020, p. 230.

luchas políticas que apelaron a las emociones, moldeando la subjetividad de un pueblo, los distintos grupos sociales que lo conformaban y la conciencia que estos tenían sobre sus condiciones de existencia. Es en este sentido que hay codeterminación. La subjetividad de grupos e individuos no es, evidentemente, una construcción personal: es una construcción histórica, política y social que encuentra en las fundaciones económicas de la sociedad sus condiciones materiales de posibilidad.

¿Cómo se gatillan las emociones? En primer lugar, a través discursos y palabras que buscan “conectar” con la subjetividad de grupos e individuos. En segundo término, es gracias a las coyunturas históricas y a determinados estados del mundo que los discursos y las palabras pueden ser eficaces... o no serlo. Émile Benveniste lo recordaba de manera maravillosa: cualquier persona puede llamar a la huelga general, pero su convocatoria caerá en el vacío, por carecer de las condiciones que hacen de este enunciado uno performativo. Muy distinto es cuando una persona con autoridad hace la misma proclama en circunstancias particulares: “los actos de autoridad son en primer lugar y siempre enunciados proferidos por quienes les pertenece el derecho de enunciarlos”¹⁶.

Lo excepcional de este periodo que sometemos a estudio es que no solo importaba la palabra y el discurso de quienes tenían autoridad política, sino también la de quienes la tomaban ocupando un terreno baldío u opinaban sobre la realización de una ceremonia cívica, generando, a su manera, las condiciones performativas de su voz política. Todo esto fue replicado por los medios de prensa, lo que constituye el material para la redacción de este artículo.

Reinhart Koselleck recordaba la relevancia de “la fuerza propia de las palabras, sin cuyo uso nuestro obrar y sufrir humanos apenas serían experimentables y, con seguridad, no serían comunicables”¹⁷. Es precisamente esa lección de método de Koselleck la que orientó este trabajo. Sin embargo, así como es posible explicitar las tradiciones de estudio con las que este artículo dialoga, también es necesario hacerlo con una corriente con la cual no hay conexión por diferencias con su nivel de análisis, o el *zoom* empleado. Es así como la sociología histórica estadounidense no será utilizada en este estudio, ya que según Theda Skocpol, esta disciplina se entiende mejor como una tradición de investigación para comprender “la naturaleza y los efectos de las estructuras de gran escala”, para desde allí analizar “los procesos fundamentales de cambio”¹⁸. Más que en grandes estructuras y procesos amplios¹⁹, en lo que me intereso es en las luchas políticas

¹⁶ Émile Benveniste, *Problèmes de linguistique générale*, París, Gallimard, 1966, p. 273.

¹⁷ Reinhart Koselleck, “Historia conceptual e historia social”, en Reinhart Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Ediciones Paidós, 1993, p. 105.

¹⁸ Theda Skocpol, “Sociology’s Historical Imagination”, en Theda Skocpol (ed.), *Vision and Method in Historical Sociology*, Nueva York, Cambridge University Press, 1984, p. 4. En el mismo sentido, George Steinmetz, “Historical Sociology, Ethics, Policy, and Politics”, en *Trajectories*, vol. 28, n.º 2, 2016, pp. 1-10.

¹⁹ Charles Tilly, *Big Structures, Large Processes, Huge Comparisons*, Nueva York, Russell Sage Foundation, 1984.

y batallas sociales de nivel meso y micro durante un periodo especialmente efervescente en Chile: 1970-1973.

Son estas representaciones, relatos y *palabras* las que pretendo restituir a partir de ahora, con el fin de entender cómo el presente en aquel entonces pudo ser vivido y narrado. Un presente frágil, evanescente, deformado por la tensión entre pasado y futuro. Es este presente refractado que busco entender a través de la prensa de la época, poniendo especial énfasis en los usos del tiempo y de la historia tanto durante la campaña presidencial de 1970 como bajo el gobierno de la Unidad Popular.

En la medida en que el presente se refractaba, era imposible fotografiarlo dados los riesgos de capturar tan solo un momento de la refracción y no el proceso: de allí la necesidad de abordarlo durante un periodo extendido de tiempo, esto es, los mil días del gobierno de Salvador Allende y los ocho meses de campaña electoral que le precedieron.

El trabajo de archivos de prensa en el que se apoya este artículo fue realizado en la Biblioteca Nacional de Chile hace quince años atrás y durante seis meses, concentrándome en los diarios *El Mercurio*, *Clarín* y *Puro Chile* y en la revista *Tribuna*. Para la construcción del corpus de editoriales, reportajes, artículos de opinión e insertos (pagados) procedí leyendo los títulos de cada pieza periodística y, cuando era posible, las bajadas que resumían el argumento, seleccionando aquellos textos que contenían alguna referencia a la idea de velocidad de los acontecimientos, pero también que utilizaban un lenguaje metafórico para describir a actores y situaciones políticas. El corpus de piezas periodísticas con el que trabajé a menudo describía situaciones de la vida cotidiana, eventualmente banales, en donde predominaba la alteración de las rutinas²⁰ y la prefiguración de una gran ruptura: ese es el origen de nuestra última catástrofe.

LOS USOS DEL TIEMPO Y LA APROPIACIÓN DE LA HISTORIA

¿Cómo explicar esta tensión entre pasado y futuro, entre continuidad y cambio? Si el pasado tiene a su favor lo que ya ocurrió y fue registrado por la historia y las instituciones que lo atesoran²¹, recordándolo²², el futuro se juega en el rol que cumplen los imaginarios sobre lo que aún no ocurre²³ (lo que equivale a aceptar la hipótesis de que los imaginarios y las narrativas que los acompañan pueden producir consecuencias). El

²⁰ Wagner-Pacifiçi describe bien el tipo de material humano que constituye a un acontecimiento: “los acontecimientos son inicialmente experimentados como discontinuos, desorientadores e incoherentes” para, en seguida, ser “reabsorbidos en una narrativa histórica de intencionalidad y causalidad para que puedan ser domesticados”. En: Robin Wagner-Pacifiçi, *What is an Event?*, Chicago y Londres, The University of Chicago Press, 2017, pp. 63 y 68 respectivamente.

²¹ Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, FCE, 1991.

²² Pierre Nora (ed.), *Les lieux de mémoire*, París, Gallimard, 3 volúmenes, 1997.

²³ Jens Beckert y Richard Bronk (eds.), *Uncertain Futures. Imaginaries, Narratives, and Calculation in the Economy*, Oxford, Oxford University Press, 2019.

presente se encuentra entonces presionado por estos dos tiempos enfrentados: es como si el presente, al refractarse, no tuviese energía ni sentido propio, transformándose en un tiempo de paso. Esto quiere decir que una cosa es la representación de la historia (esa historia que imaginamos como explicación del presente –es decir, de lo que ocurrió– y que prefigura –dado lo acontecido– el futuro) y otra muy distinta es la experiencia del tiempo (eso que uno narra en conversaciones informales o en diarios de vida: “que rápido pasa el tiempo”, “no lo vi pasar”, y otras expresiones por el estilo). Es esta distinción entre representación y experiencia la que se aprecia en cada artículo y archivo de prensa, siempre mezclados en un mismo relato: de allí la relevancia de saber distinguir entre uno y otro elemento. La paradoja es que el presente era experimentado como si no tuviese peso propio, muy lejos del “presentismo” analizado por François Hartog –entendido como “la tiranía del instante y el estancamiento (*piétinement*) de un presente perpetuo”²⁴–. ¿Cómo explicarlo? ¿Fue tal la potencia de la representación imaginaria de un futuro esplendoroso? ¿Significa esto que la cultura (que es aprendida y heredada) y las disposiciones (orientadas hacia la percepción y la acción en el presente) se encontraban a tal punto tensionadas por la representación del futuro? Es a esta pregunta que trataré de responder.

La campaña presidencial de 1970 se inició muy tempranamente según los parámetros de la época²⁵, ya que la derecha proclamó en enero de ese año como candidato “independiente” a Jorge Alessandri, quien fuera presidente de la República entre 1958 y 1964. Pero además, se trató de una de las campañas más virulentas del siglo XX chileno: caracterizada por una inusitada virulencia verbal entre los tres candidatos (Salvador Allende, Jorge Alessandri y el abanderado demócratacristiano Radomiro Tomic), así como en defensas apasionadas de sí mismos. Más profundamente, el interés en la campaña presidencial de 1970 reside en el esfuerzo emprendido por los tres candidatos para liberar al tiempo de los amarres del pasado (Allende) o, al revés, para domesticarlo en el presente teniendo a la vista un futuro promisorio (Alessandri y Tomic). Si estos tres candidatos pudieron degradarse de manera recíproca²⁶, es en nombre de la historia, cuya aceleración precipitó tanto sus decisiones de campaña como los epítetos empleados.

Es conveniente precisar que esta relación con la velocidad del tiempo histórico, así como la apropiación de las principales figuras de la historia nacional, distaba mucho de ser monopolio de la izquierda. En efecto, el candidato Tomic desplegó mucho antes que Allende una relación imaginaria con el tiempo, bañada en la utopía de la velocidad, del tiempo desprovisto de pausa, de ritmo desenfrenado, de negación de volver atrás. Esta

²⁴ François Hartog, *Régimes d'historicité. Présentisme et expérience du temps*, París, Seuil, p. 13.

²⁵ La elección tuvo lugar el 4 de septiembre de 1970.

²⁶ El principal damnificado fue Alessandri, quien se transformó en un blanco a veces inmoral, al poner en evidencia su avanzada edad, potencialmente senil y su soltería, lo que le valdría el apodo degradante de “La Señora” (por el periódico *Clarín*), y en otras ocasiones en alguien literalmente innombrable, por ejemplo, cuando Tomic multiplicaba las alusiones y perifrasis, evocando al “veterano de la bufanda” (*El Mercurio*, Santiago, 24 de febrero de 1970).

retórica no debe sorprendernos ya que el gobierno de Eduardo Frei se presentó en 1964 bajo el lema de una “Revolución en libertad”, un eslogan que resumía una oferta de bienes de salvación que lo diferenciaban de Allende, en una elección que no contó con un candidato de derecha.

Es así como Radomiro Tomic, para entonces líder del ala “izquierdista” y “chascona” del PDC, reivindicó la causa revolucionaria mediante un paralelismo con la revolución que se encontró en el origen de la independencia de Chile:

“del mismo modo que la revolución de 1810 fue un desafío al orden existente para conquistar nuestra independencia nacional, porque no había otra alternativa, también es necesaria en 1970 una nueva revolución con el fin de sustituir todo un sistema estructural y conquistar nuestra independencia económica”²⁷.

Más allá de los caprichos de las equivalencias entre situaciones que son históricamente incomparables, hay que tomar en serio el principio de verosimilitud que se encuentra en ambas revoluciones. Por un lado, la formación de una identidad común que permitió el nacimiento de una nación y, por otro, la subversión del orden social para acabar con una miseria intolerable asociada al antiguo estado de cosas. En ambos casos, la revolución es el evento catalizador. Es esta equivalencia entre situaciones revolucionarias la que se trasluce en un sinnúmero de insertos de prensa que acompañaron a la candidatura de Tomic, al mostrar a niños miserables sentados en un terreno baldío mediante estrategias fotográficas de un crudo realismo:

“¡Si sus hijos vivieran así! Usted estaría exigiendo más justicia, mayor *rapidez en los cambios* [...] Antes de 1964, centenares de miles de chilenos vivían así. Gracias a los profundos cambios sociales del Gobierno del Presidente Frei, una gran mayoría mejoró su situación hasta llegar a vivir con la dignidad de hombres (...). Pero seis años es muy poco. Hay que *continuar y acelerar los cambios* hasta que ningún chileno viva así”²⁸.

No puede entonces sorprender si esta concepción de la historia desembocaba, en el caso de Tomic, en un ideal optimista referido a un futuro radiante. En tal sentido, el presente era aprehendido como un tiempo superior al pasado, pero todavía mediocre en comparación con el futuro, lo que hacía de la experiencia del presente un tiempo históricamente imperfecto y políticamente incompleto. Mientras la representación del futuro era referida a las nuevas generaciones: “Ustedes son jóvenes, inteligentes (...) y confían en el futuro. Al vivir en el mundo actual, ustedes comprenden sus transformaciones. Ustedes saben que para enfrentar con éxito el presente, es indispensable un gobierno enérgico, inteligente, con una mentalidad juvenil”²⁹, y eventualmente a los niños: “Ellos

²⁷ Intervención de Radomiro Tomic en un foro en la Universidad Católica, *El Mercurio*, Santiago, 19 de junio de 1970.

²⁸ Inserto de prensa de Radomiro Tomic, *El Mercurio*, Santiago, 19 de julio de 1970. Las cursivas son mías.

²⁹ Inserto de prensa de Radomiro Tomic, *El Mercurio*, Santiago, 5 de julio de 1970.

entran en una nueva era. ¡Ayúdelos! El mundo cambia vertiginosamente. Es indispensable hacerlo más humano. Más justo. Con oportunidades iguales para todos. Solo así sus hijos tendrán un futuro seguro. Luminoso³⁰, el presente era, en el mejor de los casos, descrito como un tiempo de promesas frágiles y, por tanto, de amenazas de volver atrás: “¿De qué tiempo es usted? Si usted es un hombre nuevo... un hombre capaz y decidido de romper con el pasado. Para construir un Chile nuevo [...]. Esta tarea ya comenzó. No acepte volver atrás³¹. Es esta fragilidad de un presente promisorio lo que hacía posible la amenaza de volver atrás:

“Si usted es una mujer de hoy. Casada, con un trabajo, con niños. ¡Usted sabe que el mundo actual es distinto del de su infancia! ¡Es dinámico, mucho más complejo! Para realmente garantizar el futuro de sus hijos, y empujar una vez por todas el progreso de Chile, es indispensable un gobierno con mentalidad juvenil [...]. Por esta razón, ni un paso atrás³².”

La reiteración de este eslogan del progreso optimista y de una relación luminosa con el futuro se entiende a la luz de la influencia del catolicismo social de aquel entonces, en especial de la Iglesia católica chilena, que permeaba al PDC. Prueba de ello es la sutil distinción entre “revolución” y “evolución” de la Iglesia nacional, según el periódico *Clarín*:

“Como siempre ha sido el caso, la Iglesia camina mucho más rápido que los fieles [...]. Hace más de diez años, fue el propio Cardenal Silva quien se involucró en una discusión con los elementos ultra-conservadores del *Diario Ilustrado*, quienes no aceptaban que la palabra ‘revolución’ sea utilizada por un católico. Preferían usar más livianamente el vocablo ‘evolución’ [...]. Una vez más asistimos entonces [al espectáculo] de un pastor que camina por delante de ovejas necesitadas, en medio del clamor y demostraciones de escándalo de parte de un católico tradicionalista y conservador³³.”

Es esta articulación entre un pasado conocido y detestado frente a un futuro radiante y todavía desconocido que hace del presente un tiempo breve, porque vertiginoso, en el que se juega todo. Es esta representación del presente como tiempo evanescente que se aprecia en un poema de campaña de Julio Barrenechea, redactado a modo de homenaje al gobierno de Frei y en adhesión a la candidatura de Tomic:

³⁰ Inserto de prensa de Radomiro Tomic, *El Mercurio*, Santiago, 21 de junio de 1970.

³¹ Inserto de prensa de Radomiro Tomic, *El Mercurio*, Santiago, 15 de junio de 1970.

³² Inserto de prensa de Radomiro Tomic, *El Mercurio*, Santiago, 14 de junio de 1970.

³³ Hernán Rodríguez, “Católicos de la revolución”, *Clarín*, Santiago, 8 de febrero de 1971.

“Ayer conquistamos el futuro
 Hoy queremos un futuro mayor
 Hubo un claro rumor de semillas
 Hoy la Patria intuye su flor [...]

Hoy el cobre sonríe más rojo
 Y debe transformarse en chileno total”³⁴.

De allí entonces que Tomic se presentara como “el candidato más avanzado”, lo que a ojos de *Clarín* era una definición de sí mismo que lo colocaba “claramente como un hombre de izquierda”³⁵.

A pesar de estas amenazas de expropiación simbólica del lenguaje y de la concepción política del tiempo de la historia que recaían en Allende, la Unidad Popular iba a redefinir el sentido de la revolución mediante la captura del tiempo y la imaginación cada vez más referida al futuro. Es así como *Clarín*³⁶, el periódico más cercano a la candidatura del socialista en 1970, se abocó a interpretar y definir el sentido del tiempo, solicitando la metáfora del freno y del bloqueo de un movimiento histórico concebido como irresistible. Este fue el interés de uno de sus tantos editoriales, publicado en medio de la campaña electoral, en el que opuso el progreso al conservadurismo como si se tratara de dos principios contradictorios de energía y movimiento de igual fuerza, arriesgando la parálisis del tiempo y, por tanto, el inmovilismo de la historia:

“Aquellos que se oponen al ritmo incesante del progreso y detienen la transformación de las sociedades, son ‘retardatarios’ y ‘conservadores’, se convierten –a pesar de sus constantes llamados– en mantenedores de las tradiciones, de las instituciones y del orden establecido, en autores de la violencia que nace del impulso colectivo que trata de caminar hacia el futuro, chocando contra el muro de los prejuicios, de los intereses y de los egoísmos de estos grupos reaccionarios privilegiados”³⁷.

Puede entonces entenderse que la redefinición de la revolución y la aceleración del tiempo que esta implica, suponga la construcción de una equivalencia entre Tomic y Alessandri, ambos remitidos a un pasado que pasó, detestable y miserable, ante un futuro que dibuja un mundo nuevo, distinto, original. Esta es la razón por la cual el equipo de campaña de Allende no dudó en mostrar, mediante estrategias fotográficas que representaban crudamente la tensión pasado/futuro, la injusticia que a la vez indigna y prefigura el día después de la revolución. Es esta oposición pasado/futuro que se aprecia

³⁴ Poema de campaña de Julio Barrenechea, “Chile a Chile lo va a gobernar”, *Clarín*, Santiago, 4 de septiembre de 1970.

³⁵ “Yo era momia”, *Clarín*, Santiago, 3 de septiembre de 1970.

³⁶ Según datos de lectoría citados por Tupper, *Clarín* tenía un tiraje de 120 000 ejemplares en 1970 y alcanzó los 220 000 dos años más tarde. En: Patricio Tupper, *Allende, la cible des médias chiliens et de la CIA (1970-1973)*, París, Les Editions de l’Amendier, 2003, pp. 30 y 209 respectivamente.

³⁷ “Sentido de nuestro tiempo”, *Clarín*, Santiago, 13 de junio de 1970.

en uno de los pocos insertos de prensa de la candidatura de Allende que fue publicado por *El Mercurio*, mostrando cómo el inmovilismo político estaba siendo desbordado por tiempos nuevos e insolentes:

“Esto ocurre en Chile. 19 de noviembre de 1962. Población José María Caro. Santiago de Chile: ¿era necesario disparar y matar? (...) Es a esto que conduce la defensa de los apetitos y de los grandes intereses poderosos por la Derecha Política y el Reformismo Demócratacristiano. ¡Detengamos las injusticias... Derrotemos el hambre! Conquistemos un Chile vivo que signifique algo en el mundo, *en donde todos podamos tener todo*”³⁸.

La equivalencia entre Alessandri y Tomic es evidente. Lo fascinante es el sustrato utópico que abriga el futuro de Chile, un país imaginado a partir de una lógica radical de la igualdad (“en donde todos podamos tener todo”). Es este nuevo Chile, poblado por mujeres y hombres nuevos, el que se esboza como prefiguración. Mientras el pasado se torna detestable en la medida en que corresponde a un estado del mundo femenino miserable en donde las mujeres son recluidas a las tareas domésticas (“lavar ropa”, “cocinar”, “hacer el aseo”, “hacer que la casa esté bonita”), el futuro imaginado prefigura un mundo “más digno”, hecho de “jardines infantiles”, “escuelas de formación” para las mujeres y “diversiones” adaptadas para ellas en forma de “bailes, teatro, canciones”³⁹.

No cabe duda que, en el fondo, a nivel de oferta programática, las diferencias entre Tomic y Allende eran mínimas, de superficie⁴⁰. Es precisamente esta convergencia renegada por ambos la que era destacada por Jorge Alessandri. Es esta denuncia de una oferta radical e irresponsable, que hacía caso omiso de los límites de la acción política ante un presente ciertamente imperfecto, aunque lo suficientemente inercial para garantizar su propia reproducción, que llevó al candidato conservador a utilizar una retórica paternalista. Esta retórica admitía la idea de reformas, cuya condición de posibilidad suponía domesticar la historia larga y su tiempo corto (el de los acontecimientos que tenían lugar en el aquí y en el ahora), lo que desembocaba en una representación más maciza del presente en comparación con la que era promovida por sus adversarios. “Estamos viviendo una etapa nunca antes vista. Lo que se llama Unidad Popular y Democracia Cristiana están rivalizando en izquierdismo”, afirmaba Alessandri⁴¹. Pero, más

³⁸ “Esto sucede en Chile”, inserto de prensa de la candidatura presidencial de Salvador Allende, *El Mercurio*, Santiago, 16 de agosto de 1970. El destacado es mío, con una fotografía de un soldado disparando sobre una muchedumbre.

³⁹ “La mujer chilena ya eligió: Allende”, inserto electoral de la candidatura presidencial de Salvador Allende, *Clarín*, Santiago, 13 de junio de 1970.

⁴⁰ Julio Pinto no se equivoca al señalar que “al llegar las presidenciales de 1970, ambos bloques políticos, la Democracia Cristiana y la Unidad Popular, rivalizaron ante el electorado con planteamientos que al menos en algunos aspectos podían ser calificados de revolucionarios”. Véase: Julio Pinto, “Hacer la revolución en Chile”, en Julio Pinto (ed.), *Cuando hicimos historia. La experiencia de la Unidad Popular*, Santiago, LOM Ediciones, 2005, p. 10.

⁴¹ “Comunistas y Demócratacristianos ponen en peligro el progreso en paz de Chile”, inserto de prensa del secretariado de Jorge Alessandri, *El Mercurio*, Santiago, 12 de abril de 1970.

profundamente, es importante detenerse en la interrogante que era planteada por varios columnistas en las páginas de *El Mercurio* a propósito de las definiciones de lo que cabe entender por “revolución” en esta campaña presidencial:

“De los tres candidatos a la Presidencia de la República, dos son populistas y revolucionarios, cada uno a su manera. Dicho de otro modo, el triunfo de cualquiera de los dos implica una revolución [...]. [Pero] ¿qué significan estas revoluciones? Significan una cosa muy simple: corrupción de la mayoría de los partidos políticos, su transformación en facciones demagógicas y excluyentes [que destruyen] la solidaridad entre gobernantes en torno a un concepto razonable y espontáneo de bien común”⁴².

Es esta equivalencia de los candidatos Tomic y Allende que permitió a Alessandri intentar domesticar la relación con el tiempo, valorizando el presente. Es en nombre de un programa reformista y de cambios graduales que el candidato conservador se propuso ralentizar el tiempo de una historia cuyo ritmo era cada vez más vertiginoso. Era muy claro lo que estaba en juego: quienes lograran controlar el tiempo e imponer una cierta definición del futuro, podrían circunscribir el campo de lo decible en el presente. Esta es la razón por la cual Alessandri, y junto a él *El Mercurio*, fueron llevados a redefinir el futuro a partir de una representación del “progreso” mucho más vinculada con el espíritu científico, tecnológico o simplemente racional: “El progreso es avance, es anticipación, es perfeccionamiento; el progreso es la acción de continuar y mejorar algo que es bueno; el progreso es el resultado de servir al presente, aprovechando la experiencia del pasado, para servir al futuro”⁴³.

No es el fruto del azar si esta definición del progreso, tan distinta de las retóricas revolucionarias, se encuentra iconográficamente acompañada por un dibujo de un hombre sentado trabajando con una máquina electrónica. Si esta respuesta fue concebible es porque en el gobierno, del mismo modo que en la ciencia según Thomas S. Kuhn, el cambio político (o paradigmático) solo puede ser acumulativo, hasta alcanzar un umbral en el que las creencias y los saberes que correspondían a un estado antiguo del mundo eran *racionalmente* abandonados⁴⁴. De este modo, el presente era rehabilitado como momento acumulativo del progreso, el que solo admitía “un empuje hacia el futuro”⁴⁵ y no dinámicas irresistibles que eran capaces de reducir a nada el pasado, haciendo del presente tan solo un lapso transitorio y evanescente.

Así las cosas, la ajustada victoria de Allende en septiembre de 1970⁴⁶ marca el triunfo simbólico del tiempo vertiginoso frente al ritmo cadenciado del progreso acu-

⁴² Ricardo Cox, “Partidismo y demagogia”, *El Mercurio*, Santiago, 29 de agosto de 1970.

⁴³ “Alessandri es progreso”, inserto de prensa, *El Mercurio*, Santiago, 14 de junio de 1970.

⁴⁴ Thomas S. Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas*, México, FCE, 1986.

⁴⁵ Inserto de prensa de la candidatura de Jorge Alessandri, *El Mercurio*, Santiago, 21 de junio de 1970.

⁴⁶ Salvador Allende ganó la elección presidencial con el 36,2 % de los votos, 39 000 sufragios más que Jorge Alessandri (34,9 %) y 248 000 más que Radomiro Tomic (27,8 %). Las distancias electorales fueron muy estrechas dada la pequeñez del cuerpo electoral (3 539 747 electores inscritos). Dado que la Constitución de

mulativo. A partir de entonces, lo que se transforma en objeto de lucha es la eventual irreversibilidad de los nuevos tiempos, así como el modo de hacerlos realidad y de oponerse a ellos. La construcción de los tiempos nuevos, así como de quienes los habitarían en tanto portadores de una nueva historia, fue desde un inicio una pregunta omnipresente: desde el nombre del programa de celebraciones de la asunción del nuevo presidente (“Fiestas populares del nuevo Chile”⁴⁷), hasta la multiplicación de las metáforas quirúrgicas referidas a cada gesto taumatúrgico del flamante jefe de Estado⁴⁸ (“El médico que prometió hacerle la cirugía estética a la sociedad chilena desde el puesto presidencial”)⁴⁹.

Esta novedad de los tiempos y la certeza de engendrar una historia inédita protagonizada por un pueblo que se hacía dueño de su destino ganó en realidad con ocasión de la elección municipal de abril de 1971, la que fue ganada por la Unidad Popular. Es así como *Clarín* afirmaba que “en las elecciones del domingo, ‘el camino hacia el socialismo’ triunfó. Quien afirme lo contrario se irá al infierno porque es un mistificador. Es ‘la transferencia del poder de una clase social a otra’ la que ganó”⁵⁰. El argumento no puede ser más claro: engendrar tiempos nuevos, esto es el socialismo, supone que haya una transferencia efectiva de poder entre clases sociales antagonistas, ya no en una transición de corte reformista, sino a partir de la ruptura entre formas radicalmente distintas de sociedad. No una, sino varias rupturas: desde la total nacionalización del cobre hasta la transformación de la educación pública (la Escuela Nacional Unificada, ENU, de la cual saldrían nuevos jóvenes chilenos⁵¹).

Lo extraordinario en la irrupción de este tiempo vertiginoso es que, a pesar de las crecientes dificultades económicas y sociales del gobierno de la Unidad Popular, los partidos y Allende no cedían en el uso de la narrativa revolucionaria, como si la condición de minoría política de la coalición gubernamental no importase⁵². Era tal el

1925 no contemplaba una segunda vuelta, fue el Congreso pleno quien ratificó la victoria de Allende, con 153 votos contra 35 por Jorge Alessandri, a los que se sumaron siete abstenciones de la Democracia Radical. Véase: Joaquín Fermandois, *La revolución inconclusa. La izquierda chilena y el gobierno de la Unidad Popular*, Santiago, Centro de Estudios Públicos, 2015, p. 352.

⁴⁷ *Clarín*, Santiago, 1 de noviembre de 1970.

⁴⁸ Marc Bloch, *Les rois thaumaturges*, París, Gallimard, 1983.

⁴⁹ “El compañero Presidente quedó con el brazo dolorido de tanto saludar a sus amigos del mundo”, *Clarín*, Santiago, 4 de noviembre de 1970.

⁵⁰ *Clarín*, Santiago, 6 de abril de 1971.

⁵¹ Como bien lo señala Pinto, “no eran solo las ‘estructuras’ las destinadas a refundarse gracias a la revolución: ésta también debía proyectarse sobre las complejidades de la subjetividad humana, incluidas sus dimensiones ética y cultural. ‘El hombre nuevo, el hombre del futuro’”. En: Pinto, “Hacer la revolución...”, *op. cit.*, p. 12.

⁵² En las elecciones legislativas de 1969, los partidos de izquierda obtuvieron el 45,2 % de los votos, el Partido Demócrata Cristiano el 31,5 % y la derecha agrupada en torno al Partido Nacional el 20,82 %. Cuatro años más tarde, la Unidad Popular repitió su resultado (44,23 %), ante una alianza entre el Partido Demócrata Cristiano, el Partido Nacional y dos partidos opositores que alcanzó el 55,49 % de los sufragios. Fuentes: https://es.wikipedia.org/wiki/Elecciones_parlamentarias_de_Chile_de_1969 y https://es.wikipedia.org/wiki/Elecciones_parlamentarias_de_Chile_de_1973#Resultados

optimismo de las izquierdas que incluso las encuestas realizadas por Eduardo Hamuy⁵³ lo avalaban. Es así como a la pregunta: “Y en los próximos años, ¿usted piensa en general que la situación [de Chile] será mejor, igual o peor que ahora?”, el 33,8 % de los encuestados respondía en 1970 que esta sería mejor; el 49,1 % respondía lo mismo en 1972 y en 1973, en donde la alternativa “será peor” apenas alcanzaba el 26 %, meses antes del golpe de Estado. Ciertamente, los periódicos cercanos a la Unidad Popular seguían subrayando que la revolución chilena se desarrollaba “sin costo social, con respecto a los derechos individuales y colectivos”⁵⁴, debido a que “los usos y costumbres” del país minimizaban los costos del cambio, repercutiendo en una “actitud prudente y tolerante del Gobierno”. Una prudencia política que descansaba en “la conducta comprensiva” y hasta “generosa de los chilenos”, en virtud de una “psicología chilena” según la cual “el mundo no terminará mañana” y que “mientras haya cuerpo y salud, habrá esperanza”⁵⁵. No obstante, las transformaciones en curso suponían condiciones mayoritarias de posibilidad que no se encontraban reunidas, lo que no fue obstáculo para que la crítica a la lentitud de los cambios se expandiera. El eslogan *avanzar sin transar* encontraría eco en los periodistas del diario *Puro Chile*⁵⁶, muy cercano a la Unidad Popular:

“La alternativa es clara: o los *momios-freístas* paran con su sabotaje politiquero, resultado de costumbres cívicas corrompidas, o les vamos a sacar la cresta de una vez por todas, eliminándolos masivamente estén donde estén, ya que para que el país salga del sub-desarrollo —si la cosa se hace seriamente— se necesita que la vía esté libre de obstáculos, libre de espantapájaros y marionetas que *bloquean el curso de la historia*”⁵⁷.

No muy distinta es la relación desenfundada, pasional con el tiempo y la historia que vemos en Eduardo Castillo, quien, treinta años después (tenía 11 años en 1970), restituye y racionaliza el gobierno de la Unidad Popular mediante un lenguaje veloz y jadeante: “las discusiones políticas *ponían ritmo* a nuestra cotidianeidad, todo el mundo entregaba su opinión, las familias y los amigos se destrozaban con violencia. En alguna parte sabíamos que había que *vivir rápido e intensamente* porque esto no iba a durar mucho tiempo...”⁵⁸.

⁵³ Patricio Navia y Rodrigo Osorio, “Las encuestas de opinión pública en Chile antes de 1973”, en *Latin American Research Review*, vol. 50, n.º 1, 2015, pp. 117-139; Oscar Mac-Clure, Silvia Lamadrid y José Daniel Conejeros, “Juicios de la gente corriente acerca del gobierno de Allende. Resultados de una encuesta panel aplicada en 1972 y 1973”, en *Tempo Social. Revista de Sociología de USP*, vol. 33, n.º 3, septiembre-diciembre 2021, pp.167-200.

⁵⁴ *Clarín*, Santiago, 12 de marzo de 1972.

⁵⁵ Ramón Alegría, “Estos curiosos chilenos...”, *Clarín*, Santiago, 10 de noviembre de 1971.

⁵⁶ Según datos de lectoría de Tupper, *Puro Chile* imprimía a diario en 1970 sesenta mil ejemplares, un máximo que cayó dos años más tarde para estabilizarse en veinticinco mil. En: Tupper, *Allende, la cible...*, *op. cit.*, pp. 30 y 209, respectivamente.

⁵⁷ Camilo Taufic, “¿Quiéren guerra, ah?”, *Puro Chile*, Santiago, 12 de marzo de 1971. Las cursivas son mías.

⁵⁸ Eduardo Castillo, “Eloge de la démocratie”, en *Chili, 11 septembre 1973, la démocratie assassinée*, París, Le Serpent à Plumes-ARTE Éditions, 2003, p. 8. Las cursivas son mías.

La virulencia de las palabras usadas y la violencia de la retórica utilizada ganaban aun más en intensidad cuando ya no era solo el tiempo y la visión del futuro que se encontraban comprometidos, sino también las principales figuras históricas chilenas que originaron la independencia y forjaron la idea de nación. Es importante no perder de vista que la relación política con el pasado, el presente y el futuro se encontró en el origen de una relación total con la historia. ¿Qué cabe entender por esto? Considerar seriamente que lo que se encontraba en juego era hacer del presente un tiempo polvoriento, breve, reapropiándose la historia común y pasada con el fin de resignificarla, haciendo de ella una prefiguración no solo de una historia probable, sino verosímil. Esto significa que habían elementos en la historia de Chile que anticipaban el futuro a través de la mediación de sus héroes patrios: es como si la revolución hubiese estado siempre encastrada en la historia, primero como posibilidad y en seguida como probabilidad, capturada entre dos ideales y tiempos contradictorios. Por una parte, el pasado pesado y masivo, cruzado por tiempos largos hechos de cadencias lentas, a menudo imperceptibles, en donde el pasado pasa sin pasar realmente. Este es un tiempo funcional para quienes detentan poder, pero cuya eficacia no pasa por la justificación explícita, sino por la reactivación de creencias inmemoriales referidas al orden establecido y sus fundamentos tradicionales: es el “peso de la noche” de Diego Portales, una magnífica metáfora nocturna en la que se reflejan las ideas de orden y jerarquía⁵⁹. Por otra parte, un ideal de progreso en modalidad abierta con lo que podría ser la historia, cuya orientación y sentido requieren ser revelados a través de la acción y encarnados: se trata de un ideal muy presente en las izquierdas latinoamericanas y ciertamente chilenas, en especial tras la Revolución cubana y el inicio de la aventura continental de Ernesto “Che” Guevara. Frente a estos dos ideales contradictorios y en pugna, quienes eran partidarios del progreso radical tenían dos alternativas. La primera consistía en incursionar en el camino del descubrimiento historiográfico de nuevos agentes históricos, fuesen estos individuales o colectivos⁶⁰. La segunda alternativa llevaba a reapropiarse de las figuras históricas que eran conocidas por todos, los héroes patrios, en especial quienes estaban asociados a la formación del Estado y la nación. La primera alternativa fue ciertamente ensayada, y se refirió fundamentalmente a la rehabilitación de lo popular en distintas declinaciones (desde el “pueblo” a la “masa”⁶¹, pasando por variantes obreras y campesinas) bajo la

⁵⁹ Esta frase absolutamente extraordinaria de Portales alude a esa “tendencia cuasi general de la masa en reposo” que es “la garantía de la tranquilidad pública”. En: carta de Diego Portales del 16 de julio de 1832, citada por Alfredo Jocelyn-Holt, *El peso de la noche. Nuestra frágil fortaleza histórica*, Santiago, Planeta-Ariel, 1997, p. 148.

⁶⁰ Esta primera alternativa se encuentra presente en los trabajos de algunos historiadores y sociólogos sobre el rol de la “clase obrera”, de los “trabajadores” o del “pueblo” en el cambio histórico, en especial al momento de hacer la historia de los partidos políticos de izquierda y que influyeron en las redefiniciones de estos grupos sociales a partir de la campaña presidencial de 1970: Hernán Ramírez Necochea, *Origen y formación del Partido Comunista de Chile*, Moscú, Editorial Progreso, 1984; Julio César Jobet, *El Partido Socialista de Chile*, Santiago, Ediciones Prensa Latinoamericana, 1971.

⁶¹ Alfredo Joignat, “Sens, masse et puissance. Dégradations cérémonielles et représentations de la puissance

conducción intelectual de un marxismo imponente, así como a la consagración de Luis Emilio Recabarren en tanto figura primordial de la historia obrera del primer tercio del siglo XX⁶². Esta alternativa fue útil y eficaz en las elites intelectuales chilenas, en especial entre los historiadores, pero fue muy insuficiente para producir sentido y efectos sociales sobre el dominio del tiempo y de la historia. De allí la importancia de la segunda alternativa: luchas por reinterpretar la voluntad de los héroes patrios y de todos aquellos que marcaron la historia de Chile, lo que provocó innumerables controversias entre 1970 y 1973.

Es particularmente en las páginas de *Puro Chile* que se ve con claridad este trabajo de reapropiación. Durante la campaña presidencial de 1970 se pudo observar cómo Bernardo O'Higgins, el "Padre de la Patria", era resignificado y la historia reinterpretada. El diario reprodujo en varias oportunidades la frase vengativa de O'Higgins: "Detesto la aristocracia", con el fin de mostrar lo cerca que se encontraba de los más humildes. Puede entonces entenderse que un sinnúmero de insertos electorales publicados por *Puro Chile* en apoyo a Allende reivindicaran una filiación con el Padre de la Patria: "los jóvenes chilenos de hoy, que no estuvimos a tu lado, continuamos tu lucha", cuyo norte actualizado era combatir a los "imperialistas" y "reaccionarios"⁶³. Esta misma paternidad se traslucía al momento de identificar el horizonte de futuro del gobierno de la Unidad Popular ("la segunda independencia con Allende") y generar una equivalencia con la independencia originaria bajo el liderazgo de O'Higgins, cuyas palabras de entonces redoblaban en radicalidad:

"Chile y sus islas adyacentes forman, de hecho y en derecho, un Estado libre, independiente y soberano, y quedan para siempre separados de la monarquía de España y de cualquier otra dominación, con plena aptitud para adoptar la forma de gobierno que más convenga a sus intereses"⁶⁴.

La respuesta de la derecha no se hizo esperar: la juventud del Partido Nacional, sintiéndose también heredera de O'Higgins, defendió la soberanía amenazada por el fantasma comunista con acento cubano en 1972, lo que produjo la reacción del presidente del Partido Radical Anselmo Sule, quien no dudó en afirmar que "la firmeza doctrinaria" de O'Higgins le permitió proyectar "hasta nuestros días un movimiento histórico de izquierda"⁶⁵.

sous l'Unité Populaire au Chili, 1970-1973", en Isabelle Sommier y Xavier Crettiez (dirs.), *Les dimensions émotionnelles du politique. Chemins de traverse avec Philippe Braud*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2012, pp. 131-142.

⁶² Luis Emilio Recabarren fue un tipógrafo comprometido con las luchas sociales y políticas de fines del siglo XIX y del primer cuarto del siglo XX. Político y sindicalista, se le atribuye la paternidad del Partido Comunista de Chile, después de haber sido elegido diputado por el Partido Democrático en 1906. Se suicidó en 1924 a los 45 años.

⁶³ Inserto electoral en apoyo a Salvador Allende, *Puro Chile*, Santiago, 19 de agosto de 1970.

⁶⁴ Inserto electoral en apoyo a Salvador Allende, *Puro Chile*, Santiago, 21 de agosto de 1970.

⁶⁵ "O'Higgins siempre perteneció al pueblo", *Puro Chile*, Santiago, 20 de agosto de 1972.

Esta misma empresa de reapropiación se ensayó sobre otras figuras importantes, pero que al mismo tiempo provocaban menos unanimidad. Se trataba de un ideal de progreso que, si bien suponía una ruptura con el presente, ya se encontraba moldeado por la historia. Esto es lo que explica que en el discurso de la izquierda, y en primer lugar del propio Allende ya investido como presidente, varios presidentes conservadores, liberales y radicales de los siglos XIX y XX (Manuel Montt, Aníbal Pinto, Domingo Santa María, José Manuel Balmaceda y Carlos Ibáñez del Campo) hayan sido convocados para obstaculizar la crítica de Jorge Alessandri a un uso sectario de la historia:

“fueron gobernantes cuya férrea voluntad los llevó a no vacilar ante los obstáculos contra los que siempre choca cualquier acción orientada a una finalidad precisa. Es decir exactamente lo contrario de lo que fueron los dos gobiernos de mi padre y el mío propio: demagogia pura, charlatanería del hacer”⁶⁶.

De allí entonces que la representación de la historia que comienza a imponerse en 1970 sea algo más que un episodio carente de trama: es todo un relato, con un largo hilo conductor, que se instala en un Chile inquieto, cuyas convulsiones son el resultado de una historia más larga que recién se revela. Es como si la utopía de los nuevos tiempos hubiese estado siempre justificada por un pasado cuya elocuencia recién ahora se vuelve evidente.

¿Cómo no entender que estos usos de la historia, de sus héroes y heraldos, hayan podido ser sistemáticamente denunciados por la prensa opositora? Es así como, en innumerables columnas de la revista *Tribuna*⁶⁷, sus autores no dudaron en denunciar una estrategia de “expropiación” de la historia, de su sentido y orientación:

“El gobierno de la Unidad Popular es muy amigo de las expropiaciones [...]. Pero también expropia a personajes de nuestra historia [...] Se han dicho cosas increíbles de José Manuel Balmaceda⁶⁸: que fue un verdadero predecesor de la Unidad Popular, del desorden, las arbitrariedades [...]. Afortunadamente, Balmaceda es una figura forjada en el hierro más duro y los expropiadores de conceptos no lo destruirán. Quieren también expropiar a don Pedro Aguirre Cerda⁶⁹. En tanto Presidente del gobierno del Frente Popular, lo colocan como el antecedente

⁶⁶ “Del pensamiento de ‘La Señora’”, *Clarín*, Santiago, 22 de abril de 1970. Se trata de un inserto de prensa que hace hablar a Alessandri en primera persona con el fin de evidenciar sus contradicciones, a través de la ironía.

⁶⁷ Cercano al Partido Nacional, este diario tenía en 1972 un tiraje de cuarenta mil ejemplares. Según datos de venta de diarios y lectoría publicados por el semanario *Chile Hoy* en 1972, se vendían cada día 853 mil ejemplares de revistas y periódicos, “los que eran leídos en promedio por 3 a 4 personas”, cifras extraordinarias para un país con poco menos de diez millones de habitantes. Tupper, *Allende, la cible...*, *op. cit.*, p. 208.

⁶⁸ José Manuel Balmaceda fue elegido presidente de la República en 1886, no pudo concluir su mandato a causa de la guerra civil de 1891. Se suicidó en la delegación argentina el 19 de septiembre de 1891.

⁶⁹ Pedro Aguirre Cerda, radical, fue elegido presidente de la República en 1938 para liderar el Frente Popular de izquierdas de aquel entonces.

inmediato del gobierno de los comunistas y socialistas. ¿Por qué cuesta tanto recordar que don Pedro era anticomunista?”⁷⁰.

Pero estos no son los únicos ejemplos. Además de jefes de Estado, son también resignificados héroes militares cuya gloria tan unánimemente aceptada hace difícil imaginar su uso o confiscación. Tal es el caso del capitán Arturo Prat, quien hasta hoy es descrito como brillante abogado, excelente padre de familia y valiente militar⁷¹, quien dio la vida por una causa justa, la defensa heroica de la patria simbolizada por un abordaje desesperado desde la *Esmeralda*, junto a un puñado de marinos, a un colosal buque peruano (el *Huáscar*), el 21 de mayo de 1879. Pero era también una causa justa levantarse contra un gobierno que “sometió el país al caos”⁷². De allí la importancia de Arturo Prat, cuyas cualidades de “caballero en su vida” y de “león defendiendo lo que le era máspreciado en el gran momento del hombre, en la muerte”⁷³ eran una y otra vez resaltadas. Podemos así palpar el paroxismo de la crisis política bajo la Unidad Popular, dada la recurrencia de las alusiones y referencias, por la izquierda, a un enfrentamiento cada vez más inevitable⁷⁴ y, por la derecha, a un choque cada vez más necesario y deseable. En ambos casos, son las principales figuras de la historia de Chile que son reapropiadas o resistidas con el fin de justificar de modo verosímil el recurso a la violencia, para asaltar el futuro o permanecer en el presente.

Si por la izquierda el “enfrentamiento” era cada vez más inevitable, es porque el curso de la historia y la velocidad del flujo de su tiempo parecían bloqueados, al encontrarse encastrados entre dos ideales contradictorios y cadencias asimétricas; por la derecha el recurso a la violencia se hacía necesario a medida que se imponía la creencia en la irreversibilidad de las transformaciones revolucionarias que eran impulsadas por el gobierno de la Unidad Popular. Es esta tensión entre tiempos e ideales que se ve reflejada en un comic humorístico publicado por *El Mercurio* dos meses antes del golpe de Estado: allí se veía a un hombre de edad avanzada leyendo su diario caminando, conversando con su compañero de paseo: “es increíble, pero los rusos no aceptan la devolución

⁷⁰ Juan de la Cuesta, “Fidel Castro y ‘el durango’”, *Tribuna*, Santiago, 26 de noviembre de 1971. *El Mercurio* también buscó desacreditar esta falsa relación de equivalencia entre momentos históricamente incomparables como la guerra civil de 1891 y la crisis política que arreciaba en 1972, y por tanto entre Balmaceda y Allende. En: “No hay peligro de guerra civil”, *El Mercurio*, Santiago, 8 de marzo de 1972.

⁷¹ *La historia de Chile. La Guerra del Pacífico: “El legado de Prat”*, Santiago, Histocomix, 2003. En 1970, el diario *Clarín* hizo de Prat un modelo de coraje y virilidad popular, transformándose en portavoz de los seis mil “cabros de la primaria, la secundaria y la educación privada” que lo homenajearon durante la ceremonia del 21 de mayo: *Clarín*, Santiago, 21 de mayo de 1970.

⁷² “¡Al abordaje! El que no salta es de la UP”, *Tribuna*, Santiago, 21 de mayo de 1973.

⁷³ *Ibid.*

⁷⁴ “Nosotros éramos de quienes no creíamos en el ‘enfrentamiento’. Cuando algunos amigos de extrema izquierda nos decían que ‘había que radicalizar el proceso’ para provocar el ‘enfrentamiento’, les hacíamos una pregunta ¿para qué? [...]. Pero poco a poco, las actitudes de los que nos hablan de ‘radicalizar el proceso’ ganaron posiciones. Y no crean que solo en la extrema izquierda. Ese es el gran error de algunos ‘tácticos menores de la política’. En la extrema derecha, hay también gente que emplea el mismo lenguaje”. Ramón Alegría, “‘Ollas vacías’”, *Clarín*, Santiago, 3 de diciembre de 1971.

de las motoniveladoras defectuosas”, y concluía que “después de todo... esta es una revolución sin marcha atrás”⁷⁵.

¿Significa esto que la violencia era inevitable? No, porque a pesar de las retóricas de ruptura o de preservación del orden social a toda costa, la democracia no cesaba de imponerse a través de sus rituales y ceremonias, aunque incluso estos ritos eran objeto de reapropiaciones y usos que les restaban universalidad.

CEREMONIAS PROBLEMÁTICAS

Si la historia pudo transformarse en un problema y originar luchas políticas y simbólicas, no es el fruto del azar: es porque su recepción práctica por chilenas y chilenos los condujo a discrepar sobre el sentido del pasado y a reconocerse como distintos frente a un cemento identitario elemental⁷⁶. Es esta problemática recepción que explica que la prensa se haya hecho eco de discrepancias referidas ya no a héroes patrios, sino a ceremonias cívicas que se pensaba habían logrado cementarse en hábitos y conductas masivas. Con el fin de ilustrar cómo estas ceremonias se volvieron problemáticas en las que se imponían intereses particulares en desmedro del interés general, detengámonos en algunos de estos rituales hasta antes de que el presidente Allende llegara al poder.

En Chile, como en tantas otras partes, las celebraciones de la fiesta nacional constituyen momentos especialmente intensos de reproducción del sentimiento de pertenencia a la comunidad y de suspensión de las diferencias. Es así como septiembre, también llamado el “mes de la patria”, se encuentra organizado en torno a fechas conocidas por todos. En primer lugar, por el 4 de septiembre, fecha en la cual es tradicionalmente elegido el presidente de la República cada seis años bajo la Constitución de 1925. En seguida, el 18 de septiembre, fecha fundadora de la nación ya que en ese día, allá por el año 1810, tuvo lugar un primer acto de autonomía política ante la monarquía española para entonces en crisis⁷⁷. Por último, el 19 de septiembre, cuando son celebradas las *glorias del Ejército* en modalidad de parada militar, fastuosa, con el fin de conmemorar su rol fundador del Estado chileno y sus victorias pasadas, desde la guerra de independencia que concluye en 1818 hasta la guerra del Pacífico (1879-1881). En tal sentido, la

⁷⁵ *El Mercurio*, Santiago, 10 de julio de 1973. En este sentido, Joxe pone el dedo en la llaga ante la pregunta de la disolución del tiempo presente cuando se le aborda desde un punto de vista escatológico, al interrogarse sobre “el valor relativo de la vida y la muerte [...]”: ¿debemos morir por una vida nueva? ¿Debe el militar matar para restaurar el antiguo orden?”, véase: Alain Joxe, “Le Chili et la violence, une anthropologie stratégique de la patrie sociale”, en *Chili, 11 septembre 1973...*, *op. cit.*, p. 130.

⁷⁶ Esta discrepancia no tiene nada que ver con una prefiguración temprana de las políticas de la identidad, en este caso con el sentirse, saberse y mostrarse como chilenos: el socialismo chileno con “olor a empanada y vino tinto” no ponía en duda la pertenencia a la comunidad política e imaginada, sino que cuestionaba los fundamentos historiográficos de esta común pertenencia.

⁷⁷ Paulina Peralta, ¡Chile tiene fiesta! El origen del 18 de septiembre (1810-1837), Santiago, LOM Ediciones, 2007.

representación cargada de unanimidad de la parada militar del 19 de septiembre de 1970 constituye un punto de orientación relevante para evidenciar el contraste con las ceremonias que vendrían después.

El Mercurio fue probablemente el periódico más proclive a resaltar la transformación de las ceremonias cívicas en un problema, a partir de un fondo nacionalista y conservador que se reactivaba con ocasión de cada acto de ruptura con el orden establecido por parte del gobierno de Allende. Al respecto, la descripción que este diario hacía de la parada militar del 19 de septiembre de 1970 ofrece un cúmulo de enseñanzas sobre lo que vendría después. Lo que sobresale en esta descripción es una ceremonia hecha de espíritu patriótico, popular y unanimita, en la que confluyen miles de chilenos que expresaban su afecto por esta fecha común. “¿Qué chileno no experimentó un escalofrío patriótico” ante los soldados cuyos cuerpos estaban orquestados por himnos militares? Un escalofrío tan difundido que no era muy distinto al “sentimiento espontáneo del pueblo en la calle” y que “se transforma en caluroso entusiasmo”⁷⁸. Bajo este trasfondo patriótico sentimental, lo que emerge es una verdadera relación de fusión entre un pueblo que es objeto de una “puesta en escena aplastante”, “la presencia del jefe de Estado, de sus ministros y del mundo oficial”⁷⁹ ante un desfile cuyo desarrollo armónico y perfecto reflejaba los significados que eran compartidos por todos. Aun más: esta reunión de chilenos que asistían a la parada militar adoptaba los mismos rasgos de una comunidad de ciudadanos colocados en posición de pertenencia activa a la nación, la que se apreciaba en una multitud de banderas nacionales y en la multiplicación de referencias a una identidad común fundamental, en donde la *ramada* es probablemente la expresión más pura. De allí que esta enorme explanada en la que desfilan año tras año varios miles de soldados sea también un colosal espacio físico de profusión de sentimientos de “chilenidad”, y que este espacio haya “siempre tenido una trascendencia de ágora abierta a la expresión popular”⁸⁰.

No muy distinta es la representación de esta misma parada militar propuesta por *Clarín*. A través de un lenguaje caricatural y popular, este diario la describía como algo “realmente descueve”, a tal punto que “los tres jefes de las Fuerzas Armadas de nuestro país salieron del Parque Cousiño con el pecho inflado de orgullo debido al excelente desempeño de sus cabros”⁸¹. Más allá de estas dos clases de lenguaje que dan cuenta de un mismo evento, el primero sentimental (*El Mercurio*) y el segundo popular (*Clarín*), nada hacía presagiar que íbamos a pasar desde una representación unanimita y generosa de los rituales (en donde las diferencias eran anuladas en beneficio del grupo), a otra

⁷⁸ “Parada militar”, *El Mercurio*, Santiago, 20 de septiembre de 1970. Para un análisis que problematiza “la asignación de un estado de ánimo colectivo a partir de la observación de comportamientos colectivos instituidos”, ver Nicolas Mariot, “Les formes élémentaires de l’effervescence collective, ou l’état d’esprit prêt aux foules”, en *Revue française de science politique*, vol. 51, n.º 5, 2001, p.708.

⁷⁹ *Ibid.*

⁸⁰ “Parada militar”, *op. cit.*

⁸¹ “El Almirante Porta contó que desfilaba en brazos de niñas”, *Clarín*, Santiago, 19 de septiembre de 1970.

mucho más problemática, en donde el grupo veía disminuía su propia coherencia y objetividad.

Es cierto que la fiesta nacional del 18 de septiembre de 1971 aún era descrita por *El Mercurio* resaltando sus rasgos consensuales:

“las múltiples *ramadas* mostraban el tentador color dorado de las *empanadas*, el roso opaco de la chicha perfumada y los colores del vino tinto y blanco que, junto a los aires típicos de la *cueca* y del canto melancólico de las *tonadas*, se juntaban en las cámaras llenas de parroquianos eufóricos. Se bebía y bailaba, se comía y cantaba con igual entusiasmo [...]. La alegría brotaba de todas partes. El pueblo celebraba, olvidando cualquier otra idea, el aniversario de la libertad y la independencia”⁸².

Muy distinta era la descripción de estas mismas fiestas patrias en la *Tribuna*, cuyos editoriales resaltaban la tonalidad “marxista” de las celebraciones. “Fue un ‘18’ a la marxista, con sus tonalidades de odio y groserías, de exaltación de valores ajenos al país y sus luchas emancipadoras”⁸³. Si septiembre es tradicionalmente un mes en el que la ciudad entera se arropa con banderas, en 1971 asistimos a “calles cubiertas con retratos del ‘Che’ Guevara y Fidel Castro”, repletas con “llamados a armar al pueblo”, razón por la cual los chilenos se “mantuvieron alejados de las celebraciones”⁸⁴. Pero fue sobre todo la parada militar del día siguiente la que sería presentada como distinta. Mientras la inquietud prevalecía en las páginas de *El Mercurio*, insistiendo en los valores de unidad inscritos en el Ejército (una institución en la que “no hay ni clases privilegiadas, ni luchas sociales legítimas cuando estas dividen a los chilenos”) que hacían de este cuerpo armado un ejemplo de “virtud nacional necesaria en presencia de desgarros que son introducidos por los egoísmos y los odios”⁸⁵, es una verdadera anarquía ceremonial la que aflora en *Tribuna*. Es así como, a propósito de un incidente que rompió la bella armonía práctica de los uniformados tras el encabritamiento de un caballo, que el espectáculo castrense se vio gravemente empañado. A los ojos de *Tribuna*, este incidente fue interpretado de modo político al cristalizar todos los infortunios de Chile, mediante un lenguaje irónico que apenas ocultaba un sentimiento inconfesable de satisfacción por tamaño bochorno ceremonial. El comportamiento del caballo permitió presumir que “era un agente de la CIA”, cuya “actitud abiertamente sediciosa” se prolongaba con “una huelga de cámaras al suelo de parte de los reporteros nacionales”⁸⁶. Este “incidente ecuestre” tuvo lugar en un momento crucial de la parada militar, justo antes de su inicio oficial una vez entregada la autorización por el jefe de Estado, cuando el club de huasos Gil Letelier se aprestaba a ofrecer al presidente de la República la tradicional chica en

⁸² “Fervorosa alegría celebrando el ‘18’”, *El Mercurio*, Santiago, 19 de septiembre de 1971.

⁸³ “Fiestas Patrias a la marxista”, *Tribuna*, Santiago, 20 de septiembre de 1971.

⁸⁴ *Ibid.*

⁸⁵ “Día de las glorias del ejército”, *El Mercurio*, Santiago, 19 de septiembre de 1971.

⁸⁶ “Nube de GAP impidió al público presenciar la tradicional parada”, *Tribuna*, Santiago, 20 de septiembre de 1971.

cacho⁸⁷. Más allá del carácter políticamente inverosímil de este incidente ceremonial, cercano a la falta protocolar cuyos efectos de desorden social son conocidos cuando esta ocurre en situaciones muy codificadas⁸⁸, el hecho es que este bochorno se inscribe en una lógica de degradación simbólica de los rituales cívicos cuya ejecución no planteaba hasta entonces ningún tipo de problemas.

La redefinición de este tipo de ceremonias se inició el primer día en que el socialista fue ungido como presidente. Es así como el 4 de noviembre de 1970 el ritual de traspaso del mando tuvo lugar en el marco magnífico del Congreso Nacional, ante la mirada atenta, inquieta y hasta nerviosa de diputados y senadores, bajo los vivas de un público agolpado en las tribunas. Es durante esta ceremonia que se aprecia una espectacular metamorfosis del ritual; en primer lugar a propósito de la vestimenta de quienes formarán el primer gabinete de Allende, en comparación con el gabinete saliente, y evidentemente entre Eduardo Frei y Salvador Allende: Frei y sus ministros llevaban *fracs* cuya elegancia contrastaba ostensiblemente con los ternos oscuros y austeros de Allende y sus colaboradores, de lo cual la prensa se hizo eco⁸⁹. Es esta ostentación de la vestimenta la que era resaltada por *Clarín*, evitando la ironía explícita hacia el mandatario saliente: “la ‘excentricidad’ (para el ciudadano ordinario) [venía] del lado del mundo diplomático y de las misiones extranjeras”, cuyos miembros componían un “desfile de uniformes ‘napoleónicos’, de levitas, tricornios, bordados de oro, condecoraciones y pingüinos”⁹⁰.

Es relevante tomar nota de lo que significa esta sobriedad vestimental de los nuevos gobernantes, la que fue interpretada por las revistas y periódicos cercanos a la Unidad Popular como expresión de los nuevos tiempos, pero también como consagración de la simpleza como estética dominante en una relación de homología con el carácter popular del nuevo gobierno. Es así como, por ejemplo, durante el *Te Deum* ecuménico de septiembre de 1972, *Clarín* se hizo eco de las “tenidas sobrias de cada representante del Ejecutivo”⁹¹. Es la redefinición de la sobriedad la que estaba cambiando en política. Por cierto, ya no había “ni fracs ni cosas por el estilo”⁹², como tampoco se imponían los ternos oscuros. Lo que se transformaba en regla era una relación desprendida con el cuerpo, una suerte de *hexis* relajada que arriesgaba con quitarle solemnidad y seriedad a las ceremonias cívicas. Es lo que se trasluce del caso del portavoz de gobierno Daniel Vergara (PC), quien llevaba durante el *Te Deum* “un terno más bien celeste”. No muy distinto era el caso del “subse” de economía Oscar Guillermo Garretón (MAPU), quien

⁸⁷ *Ibid.*

⁸⁸ Yves Déloye, Claudine Haroche y Olivier Ihl (dirs.), *Le protocole ou la mise en forme de l'ordre politique*, París, L'Harmattan, 1997.

⁸⁹ Para un análisis de este aspecto del ritual de transferencia de los símbolos del poder en 1970, ver Alfredo Joignant, *El gesto y la palabra. Ritos políticos y representaciones sociales de la construcción democrática en Chile*, Santiago, LOM-Arcis, 1998, p. 148.

⁹⁰ “El compañero Allende ya es ¡Presidente!”, *Clarín*, Santiago, 4 de noviembre de 1970.

⁹¹ “‘Allende, Allende, el pueblo te defiende’, fue el saludo popular y dieciochero al Presidente”, *Clarín*, Santiago, 19 de septiembre de 1972.

⁹² *Ibid.*

exhibía “una chaqueta deportiva, color té con leche” y llevaba no zapatos, sino “bototos con suela terciopelada”⁹³. El contraste es total con el modo de vestirse y mostrarse por parte del presidente Eduardo Frei durante el *Te Deum* de 1970. Mientras el presidente y sus ministros se desplazaron hacia la catedral en “seis carrozas”⁹⁴, dos años más tarde los miembros del gabinete de Salvador Allende “parecían muy simples y con una cara en la que exhibían una sonrisa que no podían disimular”⁹⁵. No puede ser entonces motivo de sorpresa que *Clarín* haya ironizado, durante la sesión del Congreso Pleno de noviembre de 1970, titulando uno de sus reportajes como “Qué horror: dos rotos sin corbata en el salón de honor”⁹⁶.

El relato de *Clarín* sobre el *Te Deum* de 1971 es ejemplar acerca de lo que se encontraba en juego en las redefiniciones de las ceremonias cívicas, desde el traspaso del mando hasta la parada militar, pasando por rituales ecuménicos, fondas y ramadas. Tomemos el caso de la homilía en el *Te Deum* del sacerdote Joaquín Alliende Luco. Mientras *El Mercurio* guardó un riguroso silencio, contentándose con reproducir mediante giros pasivos las cinco partes de la ceremonia y calificar la homilía del sacerdote como una clásica “alocución patriótica”⁹⁷, *Clarín* destacaba tanto el fin de “un acto religioso oficial en el que unos tipos cantan en latín”, y la aparición de “cánticos” en español y de “un sermón que [era] casi tan descueve que un escrito del Comandante Ernesto ‘Che’ Guevara”⁹⁸. En su homilía, el religioso agradeció al Señor por la riqueza de la tierra chilena, por el “cofre inagotable” de sus mares, por el término de una terrible sequía, “pero sobre todo porque los chilenos nos despertamos” al tomar “conciencia” del hecho de que “todos debemos, en una hora muy decisiva, refundar la Patria”⁹⁹. De allí entonces el paralelo con los discursos del Che Guevara, lo que a su vez expresaba una relación fundacional con el presente, ya no como tiempo evanescente sino como momento de prefiguración del futuro, en donde la descripción humorística de la homilía es digna de consideración: comentando una fotografía de Joaquín Alliende, *Clarín* veía “en la extrema-izquierda (no es una alusión personal) al cura choro que leyó en la catedral Metropolitana una homilía de antología”, mediante un “lenguaje que la Iglesia chilena nunca debió dejar de hablar”¹⁰⁰.

Si *Clarín* pudo ver en esta homilía un verdadero discurso político, se debe a la inflexión de la jerarquía católica en el contexto del Concilio Vaticano II, el que se tradujo en una aproximación activa a la política, en especial a través de la Democracia Cristiana y en seguida mediante varios partidos cristianos de izquierda que le permitirán a la Uni-

⁹³ *Ibid.*

⁹⁴ *El Mercurio*, Santiago, 19 de septiembre de 1970.

⁹⁵ “Allende, Allende, el pueblo...”, *op. cit.*

⁹⁶ “¡Qué espanto!: dos rotos sin corbata en el salón de honor”, *Clarín*, Santiago, 26 de octubre de 1970.

⁹⁷ *El Mercurio*, Santiago, 19 de septiembre de 1971.

⁹⁸ “Curita encachado, con homilía caballa, le dio color al tradicional Te-Deum: ‘Gracias a Dios que el cobre es nuestro’”, *Clarín*, Santiago, 19 de septiembre de 1971.

⁹⁹ *Ibid.*

¹⁰⁰ *Ibid.*

dad Popular ampliar su influencia. Recordemos que en 1969 la Democracia Cristiana, para entonces muy imbuída en esta doctrina católica y en las ideas de Jacques Maritain, iba a experimentar una primera escisión por su izquierda (con la partida del grupo “rebelde” para fundar el MAPU e integrar la Unidad Popular). Dos años más tarde, el partido de Eduardo Frei vivió un segundo quiebre, esta vez promovido por el joven diputado demócratacristiano Luis Maira que fundó un segundo partido católico, la Izquierda Cristiana, que también se incorporó a la Unidad Popular. Así las cosas, la homilía del sacerdote Alliende era reveladora de lo que estaba ocurriendo en el país, en donde un ceremonial tan tradicional se volvía problemático precisamente porque las transformaciones en curso eran revolucionarias, las que socavaban rituales y tradiciones.

Por si fuera poco, este carácter crecientemente problemático de las ceremonias cívicas, que se puede apreciar en la parada militar de 1972, fue descrito por *El Mercurio* en tono sombrío, a propósito de su ensayo preparatorio. En aquel año, el lugar de realización de la parada cambió de nombre, abandonando su antigua identidad aristocrática (Parque Cousiño) en beneficio de otra denominación que fuese reconocible y aceptable por todos (Parque O’Higgins). Pero lo problemático distaba de ser un asunto de nombres, ya que era el propio marco de la experiencia ceremonial el que estaba cambiando: se podía “observar cómo la mayoría de los viejos árboles que rodeaban la esplanada fueron cortados”¹⁰¹, en pos de una mejora que combinaba intereses estéticos y una relación popular con el espacio. Se trataba de facilitar el acceso a este vasto lugar de esparcimiento a un pueblo que era destinatario de todos los elogios. Por consiguiente, es en un lugar ceremonial de transición hacia otra forma de espacio que tendría lugar la parada militar, en medio de trabajos de renovación que estaban lejos de concluir. Así las cosas, “las tropas pudieron desfilar por primera vez en una pista totalmente pavimentada”, lo que se pagó al precio de extensas zonas de lodo tras las lluvias que “inundaron las partes que no habían sido todavía terminadas”¹⁰², restándole pulcritud al ritual. De allí el tono sombrío de la descripción “mercurial”, haciéndose eco de otro caballo enloquecido, el que, “a pesar de los esfuerzos de su jinete, retrocedió descontrolado, embistió contra la primera fila de la unidad, hizo caer a varios cadetes y uno de ellos quedó casi bajo las patas del animal tratando desesperadamente de retomar el fusil que había caído al suelo”¹⁰³. El jinete logró controlar su montura, provocando los aplausos del público. Pero ya era tarde: la ceremonia se había estropeado en un “Parque que mostraba poca gente y las pocas fondas y ramadas [que] se encontraban vacías, en medio de un espeso barro”¹⁰⁴.

Es este clima sombrío el que se multiplicó en diversos ceremoniales referidos a distintos rituales, objetos y soportes de identidad y memoria, como por ejemplo la bandera

¹⁰¹ “Desfilaron cinco mil soldados”, *El Mercurio*, Santiago, 17 de septiembre de 1972.

¹⁰² *Ibid.*

¹⁰³ *Ibid.*

¹⁰⁴ *Ibid.*

chilena. Muy ilustrativo de estas disputas en torno a objetos y rituales que hasta no hace tanto eran consensuales fue el uso fúnebre de la bandera nacional por un alcalde de derecha de una comuna rural, San Javier, en un mes tradicionalmente poblado por fiestas cívicas y populares, lo que reflejaba una degradación creciente de lo que Elster llamaba el “cemento de la sociedad”¹⁰⁵. En esta ocasión, el edil de San Javier, quien fue rápidamente calificado como *momio* por *Clarín*¹⁰⁶, izó la bandera a media asta y con una cinta negra a modo de duelo en un mes marcado por la algarabía general, lo que se ajusta a lo que los etnometodólogos llamaban una “degradación ceremonial”¹⁰⁷ a partir del predominio de intereses particulares (los del alcalde y de “una docena de *momios* que comieron un gran agravio con la bandera de la patria”¹⁰⁸).

De lo anterior se desprende una transformación de los símbolos y monumentos en campos de batalla. En estas batallas, las luchas eran múltiples y heterogéneas, en las que se mezclaban rivalidades locales y confrontaciones nacionales por asentar el sentido de la historia y donde era muy difícil establecer la línea divisoria entre enfrentamientos personales (por ejemplo entre familias) y generales. ¿Nos podemos contentar con decir que el robo de la estatua de Arturo Prat por la familia Astorga, desde la plaza de un villorrio situado cerca del río Maipo, que fue hundida y arrastrada por “aguas turbias y llenas de corrientes”¹⁰⁹, fue tan solo el resultado de una antigua disputa con la familia Gazmuri formada por hijos de marinos? ¿Cómo no ver que, antes de la disputa afectiva entre familias de notables, lo que se encontraba en juego eran dos concepciones distintas de la historia, en la cual unos defendían a brazo partido el lugar de emplazamiento del monumento de Arturo Prat frente a otros que reivindicaban este mismo sitio para colocar el busto de otro héroe nacional (Manuel Rodríguez)¹¹⁰? ¿Cómo no detectar detrás de la apariencia provincial de dos familias rivales una lucha política en torno a dos héroes nacionales distintos que cristalizaban dos representaciones contradictorias de la construcción de la nación, una más consensual y aristocrática, que remitía a una representación noble del militar que defiende la soberanía de la nación (Prat), y otra mucho más pasional y popular, casi guerrillera *avant la lettre* en una lucha desigual contra los espa-

¹⁰⁵ Jon Elster, *El cemento de la sociedad: las paradojas del orden social*, Barcelona, Gedisa, 1986.

¹⁰⁶ *Momio* es una declinación, al masculino, de la palabra “momia”, transformándose en un estigma muy utilizado en el léxico de la izquierda chilena para descalificar a las personas de derecha y, por extensiones sucesivas, a todos quienes mantenían una relación moderada tanto con la política como con el tiempo y la historia. En tal sentido, se trata de una palabra cuya elocuencia es notable, lo que sin duda explica su éxito político y social ya que lo que prevalece en el *momio* y el “*momiaje*” es la representación de lentitud y, a decir verdad, de inmovilismo (propio de una momia).

¹⁰⁷ Harold Garfinkel, “Conditions of Successful Degradation Ceremonies”, en James E. Combs y Michael W. Mansfield (eds.), *Drama in Life. The Uses of Communication in Society*, Nueva York, Hastings House Publishers, 1976, pp. 315-321.

¹⁰⁸ “Ley de Seguridad Interior contra quienes vejaron a nuestra bandera patria”, *Clarín*, Santiago, 21 de septiembre de 1972.

¹⁰⁹ “Para desinflar a los momios hallaron busto de Arturo Prat”, *Clarín*, Santiago, 4 de marzo de 1972.

¹¹⁰ Manuel Rodríguez era la expresión popular, casi rural, de la guerra por la independencia, cuyas prácticas de lucha hicieron de él un verdadero mito político.

ñoles (Rodríguez)? Si el uso de estos dos héroes se presta confusamente para resignificaciones por la derecha y por la izquierda¹¹¹, ello se debe a que la historia de Chile se estaba transformando en un problema y, junto a ella, sus símbolos, rituales y monumentos.

En este contexto de luchas por reapropiarse del pasado para prefigurar el futuro, el presente pierde consistencia, transformándose en lapso de tiempo o, si se quiere, en tiempo de paso: un poco a la manera de un banco en una plaza en el que podemos descansar por un rato en el camino entre dos lugares. Pero hay algo que se encuentra en el presente y se le experimenta: es en el ahora en el que se inscriben rastros del pasado, por ejemplo, en forma de monumentos erigidos en homenaje a héroes. Alguna razón habrá para que quienes habitan el presente se muevan entre estatuas y monumentos, sin necesariamente percatarse de lo que estos artefactos significan: es solo en periodos de crisis, cuando los monumentos son derribados porque dejaron de hacer sentido o, más grave aun, porque adquirieron el poder de ofender, que es posible tomar conciencia de su importancia. Pues bien, es precisamente ese tipo de crisis la que irrumpe entre 1970 y 1973, en donde el pasado deja de ser lo que fue y el futuro se alimenta de ese pasado que se hizo problema. ¿Y el presente? Es un tiempo de tránsito entre mundos históricos, en el que se experimenta la tensión entre pasado y futuro. Pese a todo, el presente puede dar a luz a nuevos héroes, no necesariamente chilenos, que participan de la construcción de futuros posibles. Tal es el caso, paradigmático, del Che Guevara y su relación de progresión hacia una historia en construcción, mediante una representación romántica de la revolución y de los nuevos tiempos por venir bajo la Unidad Popular. Pero es también el caso del joven Rodrigo Ambrosio (fundador del MAPU, quien murió en un accidente al inicio del gobierno socialista), un heraldo del cambio social en democracia cuya heroización fue finalmente abortada por el azar. En ambos casos fueron levantados monumentos en su memoria, uno en la forma de un busto y el otro bajo los rasgos abstractos del monolito. Y, en ambos, sus soportes fueron violentamente atacados y gravemente dañados poco antes del golpe de Estado de 1973. Es así como el atentado en contra del monumento del Che Guevara, atribuido a la extrema derecha, terminó por decapitarlo, lo que provocó una reacción de agravio muy reveladora de la importancia creciente de la lucha armada en la izquierda chilena: “el rostro fundido en bronce del heroico guerrillero Ernesto Che Guevara fue destruido por una bomba fascista. Su fusil quedó intacto”¹¹². No muy distinta fue la reacción al atentado en contra del monolito a Rodrigo Ambrosio, el que fue atribuido a “delincuentes de derecha” que “quebraron los dos mástiles del monolito, volaron la placa recordatoria y trataron de hacer saltar la base”¹¹³.

Esta violencia ejercida sobre objetos políticos de culto tales como estatuas y monumentos, así como las luchas ceremoniales, son solo la cara visible de una “guerra” en

¹¹¹ En esta disputa, el diario *Clarín* tomó posición a favor de Arturo Prat, celebrando el salvataje del monumento. En: “Para desinflar a los momios hallaron...”, *op. cit.*

¹¹² “Partió escalada terrorista de la derecha volando monumento al Che”, *Clarín*, Santiago, 23 de abril de 1973.

¹¹³ “¡Destruyen monolito de Rodrigo Ambrosio!”, *Clarín*, Santiago, 1 de junio de 1973.

donde lo que se encontraba en juego era el dominio del tiempo y la historia, del futuro sobre el pasado o del imperio del pasado sobre lo que aún no ha ocurrido. En estas guerras eminentemente simbólicas, lo esencial de los recursos utilizados eran lingüísticos: luchas de palabras y batallas de signos.

EL TERROR DE LAS PALABRAS Y EL PÁNICO DE LOS SIGNOS

Una de las características de los años 1970-1973 fue lo que varios sociólogos y politólogos llamaron, a continuación de los trabajos clásicos de Linz y de Sartori¹¹⁴, la “polarización” del juego político en un contexto de predominio de la “hiper-ideologización”¹¹⁵. Es en la centralidad de ideologías políticas antagónicas que hay que encontrar el origen de un juego político cada vez más fragmentado, puesto que las relaciones de interdependencia que eran generadas por un sistema de partidos “atomizado” estaban cada vez más marcadas por lo que Sartori llamó –teniendo precisamente a la vista la experiencia chilena– una creciente “distancia ideológica” entre los actores, individuales y colectivos¹¹⁶. Pues bien, estos enfoques se alimentaron evidentemente de cosas que ocurrían en la realidad, desde las condiciones materiales de existencia hasta el surgimiento de fuerzas políticas que buscaban subvertir el orden social. Es la conjunción entre ideologías, intereses, condiciones materiales de existencia y la radicalización política de partidos y movimientos de izquierdas lo que transformó a la subjetividad en objeto de lucha, generando temores y miedos que son tan característicos de situaciones polarizantes y altamente ideologizadas.

El problema es que, a fuerza de tomar al pie de la letra este tipo de tesis y apropiarse su lenguaje sin mediar ninguna crítica, se termina por olvidar que los análisis intelectuales y las ideologías políticas no producen automáticamente efectos en el campo político¹¹⁷. Para que se hagan realidad efectos prácticos importantes en el juego político, especialmente en el modo de jugarlo, no basta con que las ideologías sean

¹¹⁴ Juan J. Linz, *Crisis, Breakdown, and Reequilibration*, en Juan J. Linz y Alfred Stepan (eds.), *The Breakdown of Democratic Regimes*, Baltimore and London, The Johns Hopkins University Press, 1978, vol. I; Giovanni Sartori, *Parties and Party Systems: A Framework for Analysis*, New York, Cambridge University Press, 1976.

¹¹⁵ Henry A. Landsberger y Tim McDaniel, “Hipermovilización en Chile”, en Alfredo Joignant y Patricio Navia (comps.), *Ecos mundiales del golpe de Estado. Escritos sobre el 11 de septiembre de 1973*, Santiago, Ediciones UDP, 2013, pp. 191-232.

¹¹⁶ Sartori, Sartori, *Parties and Party...*, *op. cit.* Una recopilación de los principales trabajos de la academia anglosajona sobre Chile en aquel entonces, en: Joignant y Navia (comps.), *Ecos mundiales del...*, *op. cit.*

¹¹⁷ Hay una verdadera ilusión óptica sobre la polarización bajo el gobierno de la Unidad Popular, en donde se presupone que la totalidad de los chilenos se encontraban divididos por las ideologías que fracturaban el campo político, colocándolos en veredas opuestas e irreconciliables. Al respecto, Bermeo muestra cómo hubo chilenos comunes y corrientes (y no pocos) que se sustrajeron de las luchas políticas de entonces: Nancy Bermeo, *Ordinary People in Extraordinary Times. The Citizenry and the Breakdown of Democracy*, Princeton y Oxford, Princeton University Press, 2003, pp. 138-176.

reivindicadas por los partidos, inspiren sus programas y alimenten las prácticas de sus militantes y simpatizantes. De modo más concreto, y sin duda más prosaico, se necesitan palabras para que estas ideologías adquieran un grado de realidad a los ojos de los actores involucrados en las luchas del campo político, pero también, y sobre todo, para las personas comunes. Palabras que puedan funcionar como marcadores prácticos, incorporando significados cuya enunciación (en el marco de las luchas por ejercer control sobre el tiempo y el curso de la historia) produce efectos de realidad, por ejemplo, infundiendo miedo.

Son estos efectos políticos, producidos por las palabras, así como las emociones que estas podían provocar, a los que alude *El Mercurio* en un interesante artículo dedicado a la expansión de la “semántica comunista”, semanas antes de la elección presidencial¹¹⁸. Según este diario, se trata de una penetración muy exitosa ya que no supuso la invención de un nuevo léxico, sino la reapropiación de palabras que ya existían. Tal es el caso de las palabras “pueblo”¹¹⁹, “democracia” o “coexistencia pacífica”, así como la capacidad para “arrogarse el derecho de definir palabras como colonialismo, imperialismo y agresión” cuya área de aplicación sería “únicamente Occidente”¹²⁰. Es así como las palabras pueden funcionalmente corresponder a armas, en la medida en que participan de lo real en forma de instrumentos cognitivos a través de los cuales el mundo es visto de ciertas formas. Esta es la razón por la cual *El Mercurio*, haciéndose eco de la concepción de hegemonía de Gramsci, evoca la imagen de una “invasión de ‘palabras’”, o de ‘filtración semántica’¹²¹, la mayoría de las veces al cabo de una redefinición de su uso o derechamente del vaciamiento de su significado (“vaciano previamente el contenido de una gran cantidad de palabras y frases, los comunistas indujeron gradualmente un empleo oficial o extraoficial sin un sentido crítico”¹²²).

Puede entonces entenderse que las palabras, precisamente porque pueden transformarse en armas políticas en el marco de ciertas lógicas de situación (por ejemplo, cuando se lucha por redefinir el peso del pasado ante un futuro distinto que ya se encontraba inscrito en un presente frágil que carecía de densidad), provoquen heridas en las personas, incluso en quienes son los protagonistas de la historia. Fue el caso del ex-presidente Jorge Alessandri, que buscaba conseguir un segundo mandato y que en 1970 fue calificado reiteradamente por el *Clarín* como “La Señora”. Así, el periódico propició una verdadera degradación estatutaria del candidato de derecha, haciendo añicos su dignidad de exjefe de Estado mediante adjetivos y groserías de gran calibre. También,

¹¹⁸ “Semántica y política internacional”, *El Mercurio*, Santiago, 6 de agosto de 1970.

¹¹⁹ “Ficción, mito o significante vacío, el ‘pueblo’ es un concepto esencialmente disputado”, véase: Dilip Parameshwar Gaonkar, “Making the Demos Safe for Democracy?”, en Craig Calhoun, Dilip Parameshwar Gaonkar y Charles Taylor, *Degenerations of Democracy*, Cambridge y Londres, Harvard University Press, 2022, p. 175.

¹²⁰ “Semántica y política internacional”, *op. cit.*

¹²¹ *Ibid.*

¹²² *Ibid.*

con ocasión de una gira al extremo sur de Chile, Alessandri fue descrito como “congelado y con cara de tortuga [...]. Una delegación de pingüinos le dio la bienvenida”¹²³. Es lo que explican los innumerables desmentidos de la prensa conservadora referidos a una inminente renuncia de Alessandri a su candidatura, debido a su avanzada edad que estaría causando estragos en su salud¹²⁴. Es también el carácter hiriente del insulto en política¹²⁵ que explica primero el desconcierto y, en seguida, el enojo de Alessandri ante preguntas mordaces formuladas por periodistas de *Clarín* durante una tormentosa conferencia de prensa. A la pregunta: “¿qué sectores sociales eran más permeables a la campaña publicitaria que lo hace a usted aparecer como candidato independiente?”, el expresidente confesaba su extrañeza argumentando no entender la pregunta, para luego declarar no tener idea. Esta respuesta no fue aceptada por un periodista, quien “levantó la voz”, ante lo cual Alessandri replicó con un virulento “señor, permítame, no me gusta su tono. Usted parece tomarme como uno de sus subordinados. Yo soy un hombre muy altivo, señor, de modo que le ruego cuidar los modales”¹²⁶.

Pero las heridas inferidas por palabras suelen abandonar el registro personal para transformarse en armas propiamente políticas, por ejemplo, atribuyendo una identidad negativa a fuerzas colectivas. Eso es lo que ocurrió con una apasionada defensa de *El Mercurio* ante la multiplicación de los usos de la palabra “fascista”, que habría sido “reflotada” por los comunistas para estigmatizar a quienes “se oponen a sus designios”¹²⁷: es decir, ya no quienes portaban las clásicas camisas pardas o negras, sino los propios “trabajadores” que discrepaban con la expropiación de sus empresas, “la dueña de casa” descontenta con la situación económica o los “obreros” insatisfechos con la negociación salarial de la Central Única de Trabajadores (CUT)¹²⁸. Qué duda cabe: elegir palabras equivale a elegir armas¹²⁹. Lo que hace de la palabra “fascista” un estigma no es una fuerza performativa intrínseca presente al momento de pronunciarla en público, sino una lógica de situación que hace de la calle un espacio manifestante cada vez más codiciado por la extrema izquierda (en especial por el MIR) y por la extrema derecha agrupada en torno a Patria y Libertad, cuyos militantes portaban camisas negras y cuyo emblema

¹²³ “La Señora, disfrazada de esquimal, ‘dialoga’ con carneros en Magallanes”, *Clarín*, Santiago, 18 de enero de 1970.

¹²⁴ “El candidato de derecha, que nunca se caracterizó por su vivacidad intelectual, se muestra con sus 75 años de edad de modo mentalmente menos lúcido y más deteriorado que otras personas de su misma generación [...]. Un proceso de usura y envejecimiento que se manifiesta con tanta virulencia [...] debe forzosamente acelerarse en los años que siguen, completando en 40 o 60 meses un cuadro de ‘absoluta senilidad’”. En: “El desgaste de los 75 años”, *Clarín*, 15 de enero de 1970; ver también *Clarín*, Santiago, 11 de enero de 1970.

¹²⁵ Thomas Bouchet, Matthew Leggett, Jean Vigreux y Geneviève Verdo (eds.), *L’insulte (en) politique. Europe et Amérique latine du XIXème siècle à nos jours*, Dijon, Sociétés, 2005.

¹²⁶ *El Mercurio*, Santiago, 22 de marzo de 1970.

¹²⁷ “¿Dónde están los fascistas?”, *El Mercurio*, Santiago, 10 de diciembre de 1971.

¹²⁸ *Ibid.*

¹²⁹ Philippe Braud, “Le choix des mots comme choix des armes”, en *Revue française de science politique*, vol. 44, n.º 6, diciembre 1994, pp. 1086-1089.

(una araña negra) evocaba la esvástica nazi. Es en este contexto de disputa callejera en donde reside el origen del éxito social de la palabra “fascista”.

Es en la herida provocada por palabras, en el marco de luchas políticas, que se encuentra el origen de un sentimiento de miedo en gente de derecha y hasta en los militares, cuando se encontraban expuestos a una expresión inédita de violencia, verbal y física. Las formas de la violencia eran tan inéditas que hasta tuvo que ser inventada una nueva palabra con el fin de diferenciarla de otras configuraciones posibles. En aquel entonces, la violencia política había adoptado en América Latina el rostro, conocido y temido por las élites dominantes, de la *guerrilla*, sobre todo tras la Revolución cubana de 1959 y la continuación de la lucha armada por el Che Guevara en África y en Bolivia, en donde moriría para transformarse en un ícono de las izquierdas. Este también fue el periodo de la guerra de Vietnam, un conflicto que fue vivido como cercano y profusamente descrito hasta en las técnicas y tácticas guerrilleras que fueron inventadas para enfrentar a un enemigo poderoso¹³⁰. Pero de modo más doméstico, la violencia política se transformó en un fenómeno familiar en la forma del *terrorismo*, especialmente con el surgimiento del MIR hacia finales de los sesenta, un movimiento que multiplicó los atentados en contra de objetivos patronales y estadounidenses (“yankis”), así como los asaltos a bancos y supermercados. Así las cosas, dos definiciones de la violencia política se encontraban disponibles para los actores políticos y para quienes comentaban la actualidad política: los periodistas. Son estos últimos quienes, desde la prensa conservadora, percibieron rápidamente la aparición de una nueva forma de violencia política que había que calificar y nombrar. ¿Cómo llamar a este conjunto de acciones violentas que, sin involucrar el uso de “armas”, en el sentido convencional del término¹³¹, sí implicaban el uso político de la fuerza? ¿Cómo agrupar, en una palabra, las ocupaciones de

¹³⁰ El impacto que tuvo la guerra de Vietnam en la sociedad chilena fue considerable, y en la política de izquierdas enorme: <https://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-94599.html>. No es una casualidad que el presidente Salvador Allende haya dedicado a Vietnam buena parte de su discurso ante Naciones Unidas el 4 de diciembre de 1972. Véase: Salvador Allende, “Chile, un Vietnam silencioso”, disponible en: <https://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/coediciones/20100826012758/28viet.pdf>

¹³¹ Es esta dificultad para suministrar una definición socialmente evidente de lo que era un “arma” la que alimentó el apasionante debate legislativo sobre la ley de control de armas. Así, en 1972, el senador demócrata-cristiano Juan de Dios Carmona presentó un proyecto de ley en el que figuraba una vaga y amplia definición de lo que cabía entender por arma: “cualquier dispositivo, máquina o instrumento idóneo para matar, herir, golpear o destruir”, lo que permitía equiparar bombas con objetos eventualmente fabricados, o simplemente almacenados en la medida en que podían infligir daños materiales o físicos. Muy distinto era el proyecto de ley del Poder Ejecutivo, que se oponía al control de armas por las Fuerzas Armadas debido a los riesgos de politización de estas, aventurando una definición más restrictiva y precisa: “las armas de fuego cualquiera sea su calibre, las municiones, los explosivos, las sustancias químicas inflamables o asfixiantes y las instalaciones destinadas a la fabricación o almacenamiento de estos elementos” (“Legislación de hoy: armas y grupos armados”, *El Mercurio*, Santiago, 8 de junio de 1972). No es raro entonces que la prensa conservadora confesase su impotencia para describir situaciones violentas en donde no quedaba claro qué era un arma, puesto que “un cúmulo de objetos son hoy día empleados como armas o rápidamente convertidos como tales” (“Acción de milicias privadas”, *El Mercurio*, Santiago, 7 de septiembre de 1971).

colegios, fábricas, universidades o terrenos deshabitados, o las tomas fulgurantes de los *fundos* o parroquias?

Es a esto que se abocó el diario *La Segunda*, inventando un neologismo, el “violentismo”, cuyo éxito social y político fue casi inmediato. Se trata de una de las piezas periodísticas más interesantes del periodo. Fue tal el éxito del neologismo que *El Mercurio* le dedicó un largo artículo días después¹³², precisando su campo semántico y sus usos. Estas nuevas formas de violencia consistían en el empleo de la fuerza “en contra de personas o cosas con el fin de expresar una queja o imponer una concepción social o política”¹³³. Es porque en estas violencias había una intención de visibilizar una queja política o malestares sociales mediante la imposición de intereses, que estos usos de la fuerza eran distintos a los de la guerrilla o del terrorismo. Sin embargo, si bien se trataba de violencias distintas y en algún sentido originales, permanecía la posibilidad de confusión o escalada hacia otras configuraciones del uso de la fuerza. ¿En dónde comienza esta nueva fisonomía política de la violencia y en dónde termina, por ejemplo, en el contexto de una toma de predios por gente desamparada que, debido a la dinámica de la situación, deriva en un secuestro de rehenes que hace olvidar el motivo originario de la toma? Son estas vacilaciones e incertezas, tan características de lo impreciso que rodea la emergencia de nuevos objetos sociales, que explican el recurso simultáneo a un léxico políticamente consagrado (“violencia protestataria”) y a un vocabulario extraído de la delincuencia común para hacer de este coctel un neologismo: la “delincuencia violentista”¹³⁴.

De lo anterior se sigue que este conjunto de palabras hirientes e insultantes adquieren su poder performativo no por lo que ellas contienen y comunican (lingüísticamente hablando), sino porque se inscriben en lógicas de situación que le dan impulso a una forma de imaginación que, en el presente, le entrega velocidad al futuro imaginado, sin el cual las palabras serían solo eso: palabras en el aire. Son estas lógicas de situación, y no la creatividad lingüística de intelectuales, periodistas y políticos las que explican que un término tan extraño como el “violentismo”, haya podido ser acuñado en 1970 y no antes.

Pero no solo las palabras pueden provocar emociones y efectos de realidad, también lo pueden lograr ciertos símbolos y signos, induciendo temor y hasta pánico. Es así como, en medio del gobierno de la Unidad Popular, fueron publicados varios editoriales y artículos por periódicos cercanos a la coalición gobernante, que se hacían eco de signos e indicios inquietantes.

Tratándose de efectos políticos y subjetivos que eran producidos por ciertos signos, conviene detenerse en dos artículos periodísticos referidos a ellos. El primero se refería a la detección de signos extraños que se encontraban impresos en el pan de una panadería muy frecuentada en Santiago, los que fueron descifrados por *Puro Chile* como

¹³² “Violentismo y revolución”, *El Mercurio*, Santiago, 12 de febrero de 1970.

¹³³ *Ibid.*

¹³⁴ *Ibid.*

esvásticas, “a título de propaganda fascista” que se difundía masivamente a través de la circulación de “panes populares”¹³⁵. No muy distinto es el caso de otro artículo, también publicado por *Puro Chile*, en el cual el periodista reproducía el clima inquietante que invadía al transeúnte en avenida Providencia, rodeado por signos misteriosos y amenazantes:

“Una siniestra y abierta amenaza es formulada mediante rayados en los muros [...]. ‘Z viene’, ‘AM-1 vigila’, ‘CRM observa’ [...]. No se puede transitar en las anchas avenidas de Providencia sin sentirse vigilado, observado, amenazado desde los muros [...]. Se siente una sombra que se proyecta en el muro inmundo”¹³⁶.

He aquí dos botones de muestra del miedo que producían signos tan omnipresentes como enigmáticos. Pero más allá de las palabras y los signos, lo que subyace a estas batallas simbólicas son representaciones sociales y políticas de la fuerza, la que poco a poco terminará expresándose de modo abierto: ya no en muros ni en forma de insultos, sino como masa, número o multitud.

LOS SIMBOLISMOS DE LA FUERZA

Pocas veces en la historia de un país, la demostración de la fuerza política se había transformado en algo tan central. Es en este periodo que presenciamos distintos tipos de exhibiciones de la vitalidad y la energía de cada fuerza política, en primer lugar su potencia electoral y, en seguida, su capacidad para ocupar masivamente la calle.

Recordemos que en 1970 la edad para votar pasó de los veintiún a los dieciocho años, tras reformas constitucionales promulgadas en 1970 y que tuvieron como principal consecuencia engrosar el electorado en 1 200 000 personas, es decir, en un 37 % del cuerpo electoral. Esto equivale a decir que lo que se transforma en objeto de lucha es la movilización de este contingente de nuevos votantes, lo que suponía demostrarlo antes que acudieran a sufragar. De allí el interés por detenerse en la aparición de las encuestas de opinión, cuya eclosión tuvo lugar precisamente durante la campaña presidencial de 1970¹³⁷.

A través del caso francés, sabemos gracias a los trabajos de Champagne¹³⁸ y de Blondiaux¹³⁹ del cúmulo de sospechas y condenas que estos nuevos dispositivos de medición tuvieron que sortear. Pues bien, estas mismas sospechas se repitieron durante la campaña

¹³⁵ “En la panadería ‘Ducal’ venden pan con signo nazi”, *Puro Chile*, Santiago, 1 de diciembre de 1972.

¹³⁶ “AM-1 vigila y ‘Z’ viene, anuncian pijes asesinos”, *Puro Chile*, Santiago, 9 de enero de 1973.

¹³⁷ Navia y Osorio, “Las encuestas de opinión...”, *op. cit.*

¹³⁸ Patrick Champagne, *Faire l’opinion. Le nouveau jeu politique*, París, Minuit, 1990, cap. 1.

¹³⁹ Loïc Blondiaux, *La fabrique de l’opinion. Une histoire sociale des sondages*, París, Seuil, 1998, en particular pp. 367 y ss.

presidencial de 1970, lo que se tradujo en el rechazo virulento por moros y cristianos de los resultados de las encuestas y en una reapropiación de la soberanía del porcentaje mediante la ironía y la degradación del adversario. Más allá del rechazo (comprensible) de los datos de encuesta por candidatos y partidos que objetivaban situaciones de fortalecimiento o declive, la reutilización del porcentaje en formas degradantes o irónicas (incluso imitando la presentación visual de los resultados) probaba la eficacia aun balbuciente de este modo de certificación de las fuerzas relativas en competencia.

En marzo de 1970 *El Mercurio* publicaba una primera encuesta (realizada por el Centro de Estudios Socio-Económicos, CESEC), utilizando un nuevo y original lenguaje técnico (“muestra representativa del electorado nacional”), lo que le permitía asentar la creencia que Alessandri estaba ganando¹⁴⁰. Sin embargo, tiempo después, Eduardo Hamuy publicaba otra encuesta cuyos resultados no solo eran distintos, sino que además legitimados por la autoridad profesoral de este sociólogo a quien se le atribuye la introducción de las encuestas en Chile¹⁴¹. Por lo tanto, la discusión se desplaza desde los resultados al crédito de autoridad de quien las realiza. No es una casualidad si Hamuy fue estigmatizado como “fabricante de encuestas” en el mismo nivel que el “fabricante de lluvias”, después de haber participado en un programa de televisión en su calidad de “‘mago’ de la interpretación de la opinión pública”¹⁴². Esta empresa de degradación de la autoridad de Hamuy muestra hasta qué punto el valor y la eficacia social de las encuestas dependían de la legitimidad científica del sociólogo y no de los protocolos técnicos que subyacían al dispositivo, lo que refleja el carácter aún virgen del campo de las ciencias sociales en este ámbito. Pero al mismo tiempo, lo que revela esta empresa de descrédito de la reputación de Hamuy (olvidando que era en el marco del Instituto de Sociología de la Universidad de Chile que estos estudios eran realizados), es que los datos se transformaban poco a poco en puntos de orientación y parámetros de las correlaciones de fuerza. ¿Cómo desmentir los resultados de una encuesta cuando los fundamentos del dispositivo aún no eran reconocidos? Es muy interesante notar que ante resultados desfavorables para Tomic, su equipo de campaña replicaba con otras cifras, supuestamente más realistas sobre sus adversarios, por ejemplo, tomando como puntos de referencia a pequeños teatros de barrio casi vacíos en donde Alessandri era aclamado, buscando de este modo asentar la idea de debacle de la candidatura del exmandatario¹⁴³.

¹⁴⁰ Señalemos que la pregunta formulada a los entrevistados era muy condicional, ya que al momento de realizar la encuesta Allende aún no era ratificado como candidato de la Unidad Popular: “Y si los candidatos fuesen solo Tomic, Alessandri y Allende, ¿por cuál de los tres usted votaría?”. La distribución de las respuestas fue 44,4 % por Alessandri, 23,1 % por Tomic y 18,5 % por Allende, con una preferencia por “ninguno” del 2,8 % y un “no sabe” del 11,2 %. *El Mercurio*, Santiago, 22 de marzo de 1970.

¹⁴¹ Para un análisis de la importancia de Hamuy en la formación de la sociología en Chile: José Joaquín Brunner, *El caso de la sociología en Chile. Formación de una disciplina*, Santiago, FLACSO, 1988, pp. 220 y ss.

¹⁴² “Aquí se destruyen infamias”, inserto de prensa del equipo de campaña de Jorge Alessandri, *El Mercurio*, Santiago, 7 de junio de 1970.

¹⁴³ “El alessandrismo se derrumba!!”, inserto de prensa de la candidatura de Radomiro Tomic, *El Mercurio*, Santiago, 9 de agosto de 1970.

Lo que este ejemplo revela es la oposición de dos tipos de representaciones de la fuerza: por una parte, una representación gráfica que objetiva una correlación de fuerzas en la forma abstracta del porcentaje¹⁴⁴ y, por otra, una representación que también apela a la soberanía de la cifra pero de modo práctico y realista, en este caso mediante la imagen de butacas vacías.

Es este mismo realismo práctico el que se aprecia en el *Clarín*, cuyo comentario sobre las cifras de la encuesta de Hamuy en donde se mostraba la “debacle” de Alessandri era refrendado por categorías prácticas, fuesen estas biológicas (“a causa de su edad”), biográficas (“porque es ‘soltero’”), morales (“porque dañó a los pobres y favoreció a los ricos”) o simplemente políticas (“porque es de derecha”¹⁴⁵). Es este mismo uso práctico, en tono serio y despreocupado por lo absurdo del argumento, que se observa en esta falsa encuesta en donde las fuerzas y debilidades de cada candidato eran referidas al número de automóviles de lujo que exhibían calcomanías con el nombre de cada aspirante a la primera magistratura. Al igual que en los sondeos, los “datos” eran también presentados como si provinieran de una encuesta, imponiendo un desenlace a partir de una aplastante superioridad visual del eslogan “Alessandri volverá” colocado en las ventanas de cinco tipos de autos de lujo:

“MERCEDES BENZ: Alessandri 99 %; Allende 0 %; Tomic 1 %; CADILLAC: Alessandri 96 %; Allende 2 %; Tomic 2 %; ROLLS ROYCE: Alessandri 100 %; Allende 0 %; Tomic 0 %; MUSTANG: Alessandri 99 %; Allende 1 %; Tomic 0 %; JAGUAR: Alessandri 98 %; Allende 1 %; Tomic 1 %”¹⁴⁶.

Pero más allá de esta soberanía incipiente del porcentaje y de la mayoría en distintos registros y soportes, lo esencial de la campaña presidencial de 1970 supuso mostrar y demostrar que grupos sociales enteros se encontraban detrás de cada candidato o, al revés, que fragmentos importantes de estos mismos grupos se acercaban o alejaban de tal o cual pretendiente. Así las cosas, de lo que se trataba era hacer grupos, deshacerlos y rehacerlos, es decir definirlos mediante la interpretación de sus intereses, deseos y voluntad al cabo de innumerables operaciones de cirugía social orientadas a reforzar o debilitar la posición de cada candidato. Es en esta dimensión quirúrgica de las representaciones de las fuerzas y debilidades de cada cual que se enfrentaron especialmente Alessandri y Tomic. Dada la estructura en tres tercios de la oferta política en Chile, se pensaba que esta estaba destinada a reproducirse el día de la elección entre los tres candidatos. Pero al mismo tiempo, el desafío consistía en romper este equilibrio precario

¹⁴⁴ Es importante considerar la paulatina instalación de formas gráficas de razonar en política. Para un estudio antropológico brillante sobre lo que representar gráficamente la realidad quiere decir, véase: Jack Goody, *La raison graphique. La domestication de la pensée sauvage*, París, Minuit, 1979.

¹⁴⁵ “Por viejo, perseguidor de obreros y favorecedor de ricos, los votantes chilenos rechazan a ‘La Señora’”, *Clarín*, Santiago, 19 de abril de 1970.

¹⁴⁶ “‘La Señora’ ganó una encuesta: la de los automóviles de lujo”, *Clarín*, Santiago, 10 de julio de 1970.

tan anclado en los sistemas de percepción de periodistas, analistas y políticos: en efecto, la tesis de los 3/3 era concebida en el modo de la evidencia, como si estuviese tallada en piedra, y por tanto era rara vez cuestionada.

Esto es lo que explica la recurrencia de las operaciones quirúrgicas del equipo de Alessandri sobre los grupos que apoyaban a Tomic. Ese es el sentido, por ejemplo, del trabajo de puesta en forma y construcción del grupo de los “independientes”, un amplio y vago agregado de individuos que se encontraban en el origen de la candidatura también “independiente” de Alessandri. A partir de la constatación de una “crisis” del sistema de partidos en Chile a comienzos de los años 70, “las últimas encuestas [...] coinciden en una cifra: la totalidad de los ciudadanos que militan en un partido político alcanza el 7 % del electorado nacional”, frente a las ochocientas mil “adhesiones” que el “Movimiento Alessandrista” reivindicaba en el mismo momento, lo que equivalía a “triplicar las fuerzas combinadas de todos los partidos políticos chilenos”¹⁴⁷. Es cierto que en aquel entonces, se le imputaba a los distintos grupos sociales (sexuales, pero sobre todo profesionales, y evidentemente clases sociales completas) una existencia indiscutida, presuponiendo que adherían necesariamente en bloque a una de las tres candidaturas¹⁴⁸. Pues bien, tal no era el caso del grupo de los independientes, cuyo carácter multifacético e identidad abstracta le restaban eficacia social para asentar prácticamente su existencia¹⁴⁹. Tomic también celebraba a los “independientes”, aunque con un importante matiz: su existencia se asentaba *en relación* con otros grupos sociales mejor constituidos. Es así como los independientes podían ser reivindicados como grupo que posee valor en la medida en que habitaban la periferia del partido, de modo que la afirmación según la cual Tomic había dejado “muy atrás la ‘barrera del partido’, al transformarse en un candidato enraizado en los independientes, que son la mayoría en este país”¹⁵⁰, equivalía a una reivindicación de fuerza, aunque no una demostración, dada la intangibilidad y el carácter retóricamente dominado de este grupo.

¹⁴⁷ “Alessandri y el destino de Chile”, *El Mercurio*, Santiago, 21 de mayo de 1970.

¹⁴⁸ Resulta fascinante leer un reportaje publicado por *Clarín* cinco días antes de la elección a partir de una sociología práctica de las fuerzas políticas en competencia. Tratando de establecer un balance de las “fuerzas políticas y socioeconómicas” que apoyaban a las tres candidaturas, *Clarín* atribuía a Tomic el apoyo de “grupos reducidos de Capitalistas Progresistas, grandes Agrupaciones Campesinas y Obreras [y] numerosos contingentes de la Clase Media y de Profesionales”. No muy distinta era la sociología de los grupos sobre los cuales descansaba la candidatura de Allende, lo que dejaba el espacio libre a Alessandri para ocupar otras regiones y colonizar otros grupos: “sectores capitalistas” y “grandes monopolios industriales y comerciantes”, pero también “un contingente medio de la clase media y profesional”. En: “La verdad, solo la verdad. Lea, juzgue y vote...”, *Clarín*, Santiago, 30 de agosto de 1970.

¹⁴⁹ Es esta independencia inverosímil en sentido fuerte (dada la trayectoria del expresidente y los partidos que lo apoyaban) la que era retraducida por *Puro Chile* como una verdadera antipolítica, no sin confesar sorpresa y desconcierto por el lenguaje utilizado por Alessandri, el que era descrito como “bañado en oscuridad e imprecisión”: no se puede pregonar “a los cuatro vientos que él no es un político” y “aspirar, al mismo tiempo, a la Presidencia de la República”. En: “El arte de gobernar”, *Puro Chile*, Santiago, 20 de junio de 1970.

¹⁵⁰ “Radomiro pasó ‘barrera del partido’: tomicismo es gran fuerza en las poblaciones”, *Clarín*, Santiago, 13 de marzo de 1970.

Lo anterior explica que, en lugar de fundar nuevos grupos cuya realidad era problemática, la estrategia que prevaleció consistió en apropiarse de los ya existentes, resignificándolos. A este respecto, los *pobladores* se transformaron en un sector codiciado, dada su envergadura e importancia en la periferia de las grandes urbes. Es así como el equipo de campaña de Alessandri reconocía la inclinación (declinante) de los pobladores por Tomic, destacando su mayor “entusiasmo” por la candidatura del expresidente, lo que se refrendaba en que veinticinco mil de ellos, así como “180 comités de Tomic”, finalmente abandonaron al candidato DC¹⁵¹.

Ciertamente, estas operaciones de cirugía social no eran suficientes para asentar superioridad. De allí la centralidad de las manifestaciones y, por esa vía, de la producción de una representación simbólica de la potencia de cada contrincante y de las fuerzas políticas en pugna durante todo el gobierno de la Unidad Popular. Es la recurrencia de manifestaciones impresionantes y grandiosas durante los mandatos de Frei y Allende lo que explica la percepción de poderío que se proyectaba en cada uno de los dos presidentes. No es una casualidad si el 46,7 % de los encuestados por Hamuy en 1970 estimaba que Frei era apoyado por una “inmensa mayoría”, mientras que el 44,9 % creía lo mismo sobre Allende en 1972¹⁵². En tal sentido, es este trabajo de movilización y de puesta en escena de la potencia que se aprecia en la palabra que sirve para nombrar el objeto “manifestación”.

Es así como, a lo menos desde la campaña presidencial de 1958 en la cual la izquierda tuvo un notable desempeño como Frente de Acción Popular (FRAP)¹⁵³, y hasta bien entrada la década del 80 (periodo en el que asoman movimientos masivos de impugnación de la dictadura, conocidos como *protestas*), la palabra que sirve para nombrar estas ocasiones masivas de ocupación política del espacio es la de *concentración*, y no la de manifestación (un término que se impondrá a partir de 1990). El término *concentración* posee una connotación de fuerza que no se encuentra presente en el vocablo más débil de “manifestación”, puesto que a lo que refiere performativamente la “concentración” es algo más que una simple reunión de personas en el espacio público de la calle: lo que se encuentra enunciado por este término es una verdadera constitución, por fusión o concentración visual, de una masa hecha de fuerza y energía.

Para asentar una representación de potencia, en la campaña presidencial de 1970 y durante todo el gobierno de la Unidad Popular arreciaron por lado y lado los adjetivos y las estrategias fotográficas¹⁵⁴. De allí el interés de estas tautologías de la fuerza cuan-

¹⁵¹ “25 mil pobladores tomicistas se suman ahora a mayoría absoluta de Alessandri”, inserto de prensa de Jorge Alessandri, *El Mercurio*, Santiago, 27 de agosto de 1970. A lo anterior Tomic reaccionó con otro inserto: “Los pobladores con Tomic. ¡En descubierto el fraude alessandrista!” *El Mercurio*, Santiago, 31 de agosto de 1970.

¹⁵² La pregunta era “¿Qué grado de apoyo cree usted que la gente le entrega al Presidente...?”, en donde las alternativas eran Frei (en 1970), Allende (en 1972) y Pinochet (en 1986), en este último caso en una audaz encuesta propuesta por Huneus en la que se retomaba exactamente la misma pregunta. En: Huneus, *Los chilenos y la política...*, *op. cit.*, p. 89.

¹⁵³ Salvador Allende fue derrotado por apenas 33 mil votos por Jorge Alessandri.

¹⁵⁴ Varias de esas representaciones fotográficas de la potencia política y social de los partidos de la Unidad

do los relatos periodísticos de una *concentración* eran acompañados por adjetivos que denotaban la idea de masividad, gigantismo y hasta de totalidad o, al revés, de pequeñez, fragmentación o enanismo. Es así como las *concentraciones* organizadas por los partidos de la Unidad Popular no escatimaron en representaciones antropomórficas de la fuerza: “La UP sopla fuerte”¹⁵⁵; “La UP ronca en...”¹⁵⁶; “El mar humano”¹⁵⁷. Pero la fuerza adjetivada era también atribuida a los candidatos, por ejemplo, cuando ciudades completas eran presentadas como proclives a Allende, Tomic o Alessandri: “Chillán es puro Allende”¹⁵⁸, o cuando la totalidad del pueblo era convocada: “Allende es tremendo. Todo el mundo está con él”¹⁵⁹; o simplemente cuando la fuerza manifestante era tal que no solo los lugares estaban saturados: “El estadio Nataniel se desbordó”¹⁶⁰; sino también las palabras, como si lo real desbordara al lenguaje: “Tomicazo”¹⁶¹ o “Allendazo”¹⁶².

Es ante estas representaciones masivas de la fuerza que se revela muy ineficiente la invocación de esta figura rara y amorfa de los “independientes”. Si bien estos también participaban en las *concentraciones*, ellos carecían de soporte en la realidad tal como era esta difundida por estrategias fotográficas en las que se exhibían enormes aglomeraciones de personas, prevaleciendo los contingentes de militantes y, junto a ellos, clases sociales completas que eran fácilmente identificables por pancartas y emblemas partidarios, especialmente de la Unidad Popular y la Democracia Cristiana. Es sin duda lo que explica que las reuniones de los partidarios de Alessandri, “independientes”, hayan sido retratadas granularmente en “el teatro ‘Petit Rex’ o, a lo más, en una cancha de baby futbol”¹⁶³. Es como si los independientes careciesen de visibilidad, y por tanto de masividad, lo que se ve bien en el relato de una *concentración* de cierre de campaña de Alessandri. Se trataba de una congregación de personas organizada “bajo la consigna ‘ni un solo alessandrista en la casa’ y ‘ni un auto en el garage’”, con el fin de producir una representación irrefragable de la fuerza, ocupando cada milímetro del espacio situado en el barrio de Estación Mapocho. Pero la consigna fue rápidamente denunciada como una trampa. “Con el fin de dar una impresión de multitud, ellos [los alessandristas] se distribuyeron en los jardines, áreas verdes, enrejados y árboles del lugar de la *concentración*”¹⁶⁴. Es por esta razón que el equipo de campaña de Tomic pasó por alto

Popular se encuentran reunidas en el libro de Armindo Cardoso (cuyo título es congruente con el argumento desarrollado en este artículo), *Otro sentimiento del tiempo: Chile, 1970-1973*, Santiago, Biblioteca Nacional, 2015.

¹⁵⁵ *Clarín*, Santiago, 2 de abril de 1970.

¹⁵⁶ *Clarín*, Santiago, 4 de abril de 1970.

¹⁵⁷ *Clarín*, Santiago, 4 de junio de 1970.

¹⁵⁸ *Clarín*, Santiago, 10 de abril de 1970.

¹⁵⁹ *Clarín*, Santiago, 11 de julio de 1970.

¹⁶⁰ *El Mercurio*, Santiago, 11 de mayo de 1970.

¹⁶¹ “¡Qué ‘tomicazo’ más caballo!”, *Clarín*, Santiago, 23 de agosto de 1970.

¹⁶² “¡Otro allendazo en Valparaíso!”, *Clarín*, Santiago, 28 de agosto de 1970.

¹⁶³ “Momios grandes sufren en Valpa y los momios chicos en los foros de las ‘Ues’”, *Clarín*, Santiago, 17 de abril de 1970.

¹⁶⁴ “En la cancha se ven los gallos”, inserto electoral de la candidatura presidencial de Tomic, *Clarín*, Santiago,

la oferta de apuestas ante notario que venían del alessandrismo y que fueron publicadas por *El Mercurio*¹⁶⁵, y prefirió desafiar a “la candidatura de la extrema izquierda” de Allende “de modo objetivo e indiscutible”: realizar la concentración final en el mismo lugar y a la misma hora al día siguiente de la concentración de cierre de campaña de la Unidad Popular¹⁶⁶.

Son estas luchas las que cruzaron la campaña de 1970, en la que el espacio era ocupado por grupos que se formaban, deformaban y reformaban en el marco de una competencia por asentar una representación mayoritaria de la fuerza. A este respecto, una concentración de Tomic del mes de junio de 1970 es paradigmática para asentar una representación de la fuerza que, al mismo tiempo, era apaciguada. Esta concentración tuvo lugar en la comuna de Quinta Normal y no formaba parte —he allí su interés— de las concentraciones centrales que suponían atravesar el centro de Santiago. Es así como ocho mil personas se reunieron en la pequeña plaza Tropezón, lugar en el que convergieron cuatro columnas que llevaban los nombres de “Reforma de la Educación”, “Organizaciones Comunitarias”, “Reforma Agraria” y “Presidente Frei”¹⁶⁷. Más allá de la cantidad de manifestantes, considerable dado el carácter relativamente periférico de la comuna, lo que entrega realidad y significado a esta concentración es la morfología política que la atraviesa: era una concentración-programa que establecía una evidente continuidad con la “Revolución en libertad” del gobierno de Eduardo Frei. En efecto, cada una de las columnas retomaba para sí el legado de su sexenio (1964-1970), cuya administración logró introducir en el léxico político algunas declinaciones de la palabra “comunidad”, un término decisivo para la identidad demócratacristiana en aquel entonces.

Con excepción de las estrategias de ocupación de la calle por el movimiento de extrema derecha Patria y Libertad, asistimos entre 1971 y 1973 a una tendencia a la monopolización de este espacio por los partidos de la Unidad Popular, además del MIR. Una vez más nos topamos con un enfoque exacerbado y radicalizado con el tiempo y la historia que hace del presente un tiempo evanescente, liviano y casi inconsistente, sin peso ni especificidad propia, salvo lo que le entrega el telos de las movilizaciones. Es así como en 1972 el MIR desfilaba por las calles del centro de Santiago bajo la consigna entregada a sus militantes de “participar activamente en la ola revolucionaria que se acerca a nuestro país”¹⁶⁸. Este ideal de revolución, cuyas propiedades violentas eran

31 de agosto de 1970.

¹⁶⁵ Por ejemplo, la ingeniosa apuesta de cinco mil escudos que realizara un tal Celerino Valenzuela Castro, según la cual Tomic llegaría cuarto entre los tres candidatos, viéndose desplazado en esa posición inverosímil por la suma de abstenciones, votos blancos y nulos: Celerino Valenzuela Castro, “Tomic será cuarto”, *El Mercurio*, Santiago, 16 de agosto de 1970. En el mismo sentido, ver la apuesta sobre el orden de llegada de Allende y Tomic por detrás de Alessandri de parte de Rolando Ramírez Pérez de Arce en: *El Mercurio*, Santiago, 30 de agosto de 1970.

¹⁶⁶ “En la cancha se ven...”, *op. cit.*

¹⁶⁷ “Quinta Normal se matriculó: Tomic”, *Clarín*, Santiago, 24 de junio de 1970.

¹⁶⁸ “Oleada revolucionaria en Chile anuncia el MIR”, *El Mercurio*, Santiago, 12 de mayo de 1972.

explícitamente reivindicadas y puestas en escena¹⁶⁹, explica que “el público” espectador, enfrentado a jóvenes con cascos y bastones con cadenas, se refugie en el “silencio, mientras que los automovilistas se salían de sus pistas de circulación para doblar en U y alejarse rápidamente de las calles”¹⁷⁰. De lo anterior se sigue que la oposición de derecha y demócratacristiana a la Unidad Popular haya abandonado la calle, prefiriendo cederla a sus adversarios para que las mayorías silenciosas adquirieran voz y resonancia un poco por defecto.

Es esta invocación a las mayorías silenciosas, por definición poco comprometidas y no manifestantes, cuya posición es estructuralmente homóloga a la de los “independientes” durante la campaña de 1970, que se observa con claridad en la siguiente toma de posición de *Tribuna*, la que consistía en abandonar explícitamente la calle a los *upelientos*¹⁷¹. El abandono de la calle es deliberado: es un “lugar que nadie tiene interés alguno en disputárselo”¹⁷². Prefiriendo oponer a una estrategia estridente de ocupación de la calle “el ‘grito silencioso’ que resuena en quienes rechazan al gobierno”, el resultado será que “las delgadas columnas marxistas tendrán para ellas todas las calles en su inmensa soledad”¹⁷³. Se trata entonces de una inversión paradójica de los modos de expresión de la fuerza, en donde esta, entendida como energía, voluntad organizada de domesticación del tiempo a través de la colonización del espacio de la calle y producción elocuente de significados, se transforma en sinergia negativa, utopía desprovista de fundamento y retórica vaciada de sentido. Es decir, al invocar a los “independientes” y a las “mayorías silenciosas”, se intenta revertir la fuerza por la no-fuerza, un poco a la manera del judo que hace de la fuerza del adversario una contra-fuerza. Es esta homología entre independientes y mayorías silenciosas que aflora en varios artículos de *El Mercurio*, por ejemplo al dar cuenta de la recepción de los mechones de la Universidad de Chile por el presidente de la FECH¹⁷⁴ y el líder de la CUT¹⁷⁵, ambos comunistas. Así las cosas, *El Mercurio* constataba cómo “esta mayoría silenciosa de nuevos estudiantes” abandonaba

¹⁶⁹ Lo que se veía bien en los funerales de un militante del MIR, cuyo cortejo “tardó 40 minutos en atravesar el centro de la ciudad” en medio de gritos y esloganes que apelaban a la violencia revolucionaria: “Pueblo, conciencia y fusil: MIR, MIR, MIR”, o “Si los *momios* quieren guerra... la guerra la tendrán”. Así las cosas, *El Mercurio* podía concluir de la notable disciplina manifestante de los militantes del MIR y de cómo marcaban el paso “con el pie izquierdo” que sus miembros “poseían también instrucción militar” (“Brigada de extremistas extranjeros en funeral de militante del MIR”, *El Mercurio*, Santiago, 13 de junio de 1973).

¹⁷⁰ “Oleada revolucionaria en Chile...”, *op. cit.*

¹⁷¹ Un adjetivo interesante, cargado de odio puesto que reúne en una sola palabra a la Unidad Popular en la forma de una sigla (UP) y un sentimiento de repulsión hacia ella.

¹⁷² “Deje para mañana lo que tiene que hacer hoy y quédese en su casa”, *Tribuna*, Santiago, 21 de junio de 1973.

¹⁷³ *Ibid.*

¹⁷⁴ Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile, cuyo peso político en aquel entonces era considerable, debido a su rol de socialización política para buena parte de quienes terminarían haciendo una carrera política: Fabio Moraga Valle, “La FECH a lo largo de un siglo de historia”, en *Archivos, memoria y movilización*, Santiago, Universidad de Chile, 2013, pp. 25-34.

¹⁷⁵ Central Única de Trabajadores, principal organización sindical de Chile. Véase: Mario Garcés y Pedro Mílos, *FOCH, CTCH, CUT: las centrales unitarias en la historia del sindicalismo chileno*, Santiago, ECO, 1988.

la sala en el momento en que el presidente de la CUT tomaba la palabra para pronunciar un discurso en la forma de una “clase magistral”, explícitamente política¹⁷⁶. A esta “mayoría silenciosa” que se retira se opone una “minoría activa”¹⁷⁷, lo que equivale a reconocer que una mayoría hipotéticamente numérica, pero muda, tiene tanto o más valor que una minoría activa y vociferante. Durante el gobierno de la Unidad Popular, son estas dos expresiones de la fuerza que se enfrentarán sin cuartel: desde masas movilizadas hasta una forma de “sentimentalismo en duelo” mediante el cierre de negocios y comercios, así como de “viejas que hacen sonar las caserolas”¹⁷⁸.

CONCLUSIONES

Si uno tuviese que encontrar un término para nombrar y describir este intenso periodo de la historia, no hay mejor candidato que la palabra francesa *bouleversement du monde*, cuya traducción más próxima al español sería el trastocamiento del mundo. En estos tres años, fuertemente prefigurados por el sexenio transformador del gobierno de Eduardo Frei, el mundo se trastocó, o si se quiere, desorganizó en varios sentidos.

En primer lugar, como consecuencia de un espíritu de época, la idea de revolución y su posibilidad tendieron a imponerse, con una consecuencia práctica: el mundo de entonces es uno que alcanzó niveles sorprendentes de desobjetivación, en donde el funcionamiento de las instituciones que lo ordenaban se volvía problemático, haciendo de la realidad en ese mundo una experiencia impredecible. De modo elocuente, las transformaciones de los rituales democráticos y su degradación mediante usos no consensuales reflejaban ese estado de cosas, así como la profusión de símbolos particulares que rivalizaban con los universales asociados a la patria común.

Pero más profundamente, si las instituciones y sus rutinas pudieron desobjetivarse, es porque sus significados se volvieron problemáticos. Precisemos el argumento: la tensión entre pasado y futuro (y su consiguiente irradiación en un presente inconsistente) no debe ser entendida como una oposición entre tiempos separados, desconectados entre sí. Se trata de un “régimen de historicidad” sin conclusión ni engranaje estable del “pasado, el presente y el futuro”¹⁷⁹, lo que significa que estamos en presencia de tres tiempos de la historia que no pudieron entroncarse duraderamente (que es lo que permitiría hablar de un “régimen de historicidad”). Eso es lo que no ocurrió, y allí se encuentra una de las originalidades del periodo. Para usar el lenguaje de Hartmut Rosa, lo que sucedió en este periodo es que muchas “cosas” dejaron de provocar “resonancia”¹⁸⁰: actuar en un estado del mundo de este tipo consistía en habitarlo sin que las cosas de

¹⁷⁶ *El Mercurio*, Santiago, 16 de abril de 1970.

¹⁷⁷ *Ibid.*

¹⁷⁸ “La orquesta de la sedición”, *Puro Chile*, Santiago, 1 de septiembre de 1972.

¹⁷⁹ Hartog, *Régimes d'historicité...*, *op. cit.*, p. 13.

¹⁸⁰ Hartmut Rosa, *Resonance. A Sociology of Our Relationship to the World*, Cambridge, Polity, 2019.

siempre hiciesen pleno sentido, lo que hacía de este mundo un mundo caracterizado por su incontrolabilidad¹⁸¹. Son todas estas experiencias contradictorias del tiempo las que hicieron posible que el pasado (lo conocido o lo que creíamos conocer) se transformara en un problema y el futuro en un proceso en marcha, en donde el presente se asemeja un poco al aquí y ahora (el presente en sentido fuerte) de Milan Kundera: “si no sabemos hacia qué futuro el presente nos conduce, ¿cómo podríamos decir que este presente es bueno o malo, que él merece nuestra adhesión, nuestra desconfianza o nuestro odio?”¹⁸².

¹⁸¹ Hartmut Rosa, *The Uncontrollability of the World*, Cambridge, Polity, 2020.

¹⁸² Milan Kundera, *L'ignorance*, Paris, Gallimard, 2003, p. 165.